

Ercole Lissardi
CONTINUUM

*Continuum: algo en lo cual una característica
común fundamental es discernible en una serie
imperceptible e indefinible de variaciones.*

WEBSTER'S

Incluye
Vicario
Ofidio
Incesto
Confesionario

Venida de tan lejos. Desde lejanías insondables en el tiempo y en el espacio. Contra todas las posibilidades y todos los riesgos. Frágil como una niña. O más frágil. Frágil como un fantasma diluyéndose en el viento. Pero segura de llegar. Segura de cruzarte conmigo y, pese a todo, de reconocermme. Y segura de que no te confundiría, de que entre miríadas, entre los infinitos rostros y los infinitos cuerpos, sin la menor duda, te reconocería. Venida de tan lejos. Desde el origen mismo de todos los tiempo. Para entregarme la Perla, la Mirada Secreta. Se sienta sobre la mesa de piedra. Las plantas de los pies sobre la mesa. Las rodillas separadas, para mostrarme la Perla. Pero lo que veo es un gusanito rosado, inmóvil, como adormecido en lo profundo del valle de alabastro. Tan rosado como los labios de su boca. El gusano se revela surco, se revela herida, y se abre entonces, como una grieta inesperada. Los bordes son párpados y al separarse revelan el hueco, la mirada ciega. La mirada aséptica, estéril, la mirada que no ve, la Mirada Secreta. En otra versión llega y se tiende sobre la mesa de piedra en posición ginecológica. La vulva bosteza, me invita a darle uso. La vulva es velluda, goyesca, parece la boca de un borracho que vocifera. El Monte de Venus abulta como un puño amenazador. Desde el balcón se ve en la arena la huella que dejaron sus pies al acercarse. El viento la borraré antes de que amanezca. El cielo está cargado de nubes grises, capas de gris oscuro entre las cuales atrapado, furioso e impotente, refulge el esplendor de un rayo. Ella está aquí, finalmente, o lo estará cuando esta profecía termine de cumplirse.

La fogata inextinguible. Durmiendo en el aura caliente. Bailoteos de luz y sombra, guiños descontrolados. Emponchados hasta la nariz, no le veo más que los ojos, ni ella más que los míos. Somos sólo ojos que se miran con atención incansable. Parecemos

esperar. Pero ¿esperar qué? Yo no sé esperar. Esperar es siempre esperar demasiado.

Introduzco una mano, cautelosa como una serpiente, en su reducto de calor. Le toco las rodillas. Morosamente, como si nunca hubiera tocado unas. Como un caracol curioso, babeándose de pasión, le recorro un muslo, luego la elipse de su nalga, y busco sus hendiduras. Recoge una rodilla hacia su vientre para allanarme el camino. Dormito jugueteando con sus orificios sin penetrarlos. Uno seco, y el otro mojado. Boquean ambos, ávidos, cachorritos hambrientos. Uno jugoso, el otro apretadito. En el hueco de silencio crepita la hoguera. Ladran. Levantás la cabeza para oír. Perros del desierto, decís. Me duermo. Después te estás acomodando en las botas. Botas con tachas de plata. Taconeas en el espacio inmenso levantando bandadas de ecos que revolotean hasta saturar el silencio. Los perros callan. Me inclino sobre el hocico peludo. Respira lento, pesado, un hilito apenas de aire se escurre de entre sus entrañas. Habla por teléfono bajito, con suma discreción, tan pegado al teléfono que parece que lo lame un poco para tomarle el gusto antes de comérselo. No sabe que lo que habla en tu teléfono se oye en mi casa como vomitado por parlantes de concierto. Estás dormida vos también. Te dormiste.

Estoy orgulloso de mí. De ser objeto de la dádiva de esta vulva tan delicada, de esta vaina fragante. Se supone que tenga que llenarla con mi enanito perpetuamente congestionado por el furor divino, y se supone que al forzarla para ocuparla en toda su capacidad, en ese mismo momento habré de forzar en ella todo su esplendor y habré de marchitarla. No sucederá. No voy a quemar, al invadirla, el ápice de su belleza. No voy a hacerlo. Voy a guardarla intacta, para siempre. Me alcanza con sobarle los orificios, sin forzarlos, insinuándome apenas, como quien frota un objeto mágico que de todo nos protege y que todo nos concede. Una sobadita más, todas las necesarias, hasta que

tiembla y exhala un suspiro y se reúne conmigo allá donde ya no somos dos sino uno solo, en los confines del sueño. Mi bestia, si tanto le urge penetrar, que penetre en las cavernas de las hembras sabias y golosas, en las trajinadas cavernas en las que se galopa desplegando el ímpetu del conquistador, hasta que gritan pelando los dientes y se despatarran en derrotas sin atenuantes. Vos vení, pequeñaja, vení al aura parpadeante de la hoguera, vamos a pedirle al calor que nos devuelva al sueño.

Te estoy mirando el culo. No ese culín tuyo que ondula como alga en la corriente cuando te vemos caminar. No. Estoy con el mero mero, cara a cara mientras dormís, ojo con ojo mirándonos. Los míos redondos de avidez, el tuyo inocente y confiado que ni se molesta en despegar los párpados. Nada sabe de mi adoración secreta. Parece que no tuvieras culo. En torno a la hendidura no hay labios de mucosa, y es tan finita la hendidura como puede llegar a serlo una lúnula menguante. Lamo el ojal por ver si te despierto. Hurgo en tu sueño con la punta de la lengua. Tu amargor es más delicioso para mí que tus dulzuras. La luna llena de tus nalgas tiene un ombligo, es la hucha en la que deposito los deseos que no son de este mundo, a los que jamás me entregaría. Que me hable le pido a esta bocca chiusa, que me exprese, así sea con un suspiro, el placer que sé que le causa mi infatigable acto de mirarla. Dejo caer un hilo de baba sobre el ojal y lo sobo con el pulpejo del anular –mi dedo menos agresivo- sin forzarlo, para nada, hasta que se afloja, y al aflojarse, como de milagro, se le escapa un suspiro enamorado.

No me despierten. Ni aunque me vean llorar a los gritos, ni aunque me retuerza como un envenenado, ni aunque aülle cosas estrafularias, ni aunque maldiga a los que amo, ni

aunque pida por el amor de Dios que me despierten. Porque he sido bendecido con la revelación que ya nadie esperaba. Sé dónde ocultan los sueños lo que quieren decirnos. No lo que supuestamente querrían sugerirnos, que eso, como es a gusto y paladar, cualquiera puede inventarlo, sin necesidad de revelación alguna. Sé lo que los sueños efectivamente quieren decirnos, aunque parezca que sólo quieren ocultarlo. Y lo que quieren decirnos está, con todas las letras, al final, al mero final del final del sueño. El problema es que rara vez llega uno a soñar un sueño hasta el mero final. Al común de los mortales los sueños se nos aparecen como pedacería fugaz, enigmática, borrosa. Pero la realidad es que los sueños son relatos perfectamente nítidos y comprensibles que en general duran horas, algunos toda la noche, y que como todo relato encuentran su sentido al final. El problema es que sólo unos pocos, artistas del sueño, testigos de la vida nocturna del espíritu, sólo unos pocos son capaces de recorrerlos sin interrupciones ni distracciones, desde el comienzo hasta el final. Como si se tratara de una película demasiado compleja, apenas el sueño comienza perdemos la capacidad de atención y nos encuevamos en el sopor. Somos como los discípulos de Cristo que, cuando en el Monte de los Olivos ante sus ojos se va a desarrollar el Drama de los Dramas, se quedan dormidos. No hay manera de equivocarse respecto de cuándo se ha llegado al final de un sueño. Los protagonistas se presentan todos juntos y saludan, como los actores al final de la obra teatral. No hay sueño sin final perfectamente articulado y certificado, tal y como una obra de teatro. No hay cabos sueltos, ni dobles sentidos, ni mensajes para iniciados. No es que el sueño, debido a una estrategia inescrutable, oculte su tramo más jugoso, como se oculta la serpiente en el pajonal o el resplandor del rayo entre las nubes. Es que nos gana la ansiedad, nos maravilla el esplendor del mundo de los sueños, no soportamos un espectáculo tan lógico, tan significativo, tan creativo, tan inventivo, tan monumental, tan delirante y a la vez tan carente de ambigüedades como jamás

conoceremos –y mucho menos, seremos capaces de producir- en el mundo de la vigilia. No sabemos blindarnos contra las falsas seguridades que nos promete el pronto retorno a la vigilia, buceamos hacia la superficie presurosos por dar vuelta la cara a aquel otro mundo al que, mucho más que a este, no le falta nada y en el que todo deslumbra con la luz de la verdad. Como peces equivocados pretendemos salir a respirar mejor en la arena de la orilla. Pero no todos. Hay quien banca. Se puede ser oniro-nauta. Quiero ser uno. Desde que descubrí la verdadera duración de los sueños y el momento en que expresan su verdad con todas las letras, lo estoy intentando. Practico cada noche. Desespero porque los resultados aún son pobres. Una noche espléndida y luego varias, o muchas, de sueños naufragados. Dormir buceando hacia lo profundo implica el dominio de una técnica para la que no hay manual de instrucciones, ni expertos, ni guías. Pero comienzo a ver cosas. Especulo mil invenciones metodológicas para instalarme de manera óptima en las riberas del sueño, para ver pasar el espectáculo onírico como se ve pasar, lento y majestuoso, un río caudaloso. Lo primero es lo primero: el aislamiento, que no es tan fácil. Y el respeto de los demás, que tampoco lo es. Lo dicho: no me despierten.

Que uno experimente más o menos de continuo el impulso de salir de la ciudad no significa que uno cultive algún tipo de amor por el campo. Para nada, en absoluto. Significa que uno experimenta, más o menos a menudo, el deseo de poner distancia con cualquier tipo de prójimo. Lo cual no es simpático, en absoluto, estoy de acuerdo. Hemos aprendido, pues, a disimular una fea tendencia con una excusa elegante y prestigiosa: la de necesitar un poco de contacto con la naturaleza. Yo no necesito un poco más de contacto con la naturaleza. Ya con tener que cargar con mi cuerpo, tengo bastante. Si pudiera abdicar de mi cuerpo, abdicaría. Si se me concediera ser puro

espíritu, dejando de lado definitivamente la cabalgadura, aceptaría. Pero no hay tal oferta. La opción es sacarse de encima al señor Cuerpo pero sin garantía alguna de lo que pueda quedar, si es que queda algo. Ni hablar que la opción queda rechazada, por muy fácil que se nos presente el trámite. Allá voy, pues, lanzado en cualquier dirección que me aleje de la gran mancha de cemento y sus miles o millones de habitantes. Lanzado cagando aceite, pisado el acelerador hasta ni sentirlo bajo la suela del zapato. Dale y dale hasta que llego, tarde o temprano a un paraje o páramo en el que no hay absolutamente nadie a la vista. Ni al oído. Ni un perro que me ladre. Aquí mismo, pienso ilusionado. Aunque, de puro desconfiado, hago la prueba. Saco la silla de lona y me siento a esperar que el Tiempo, único juez confiable, me dé por seguro que, hasta donde alcancen a garantizarlo mis sensores naturales, estoy absolutamente solo. Entonces, sí. Me relajo. Peso todo mi peso. Aquí me quedo. Aquí no me falta nada. Lejos quedó la carretera. Ya no oigo el rumor esporádico y monocorde del tránsito, me lo oculta el susurro del pasto seco acariciado por la brisa. El río se desliza silencioso como las nubes. Comienzo el proceso automáticamente: un paso y otro paso y otro paso hacia la mente en blanco. Puedo llegar a quedarme dormido, en medio de la pampa, sentado en mi silla de tijera. Ah, la soledad, quieto como un lagarto, mis ojos entrecerrados deslizándose atentos ¿a qué? a algún tipo de vida, por supuesto ¿a qué si no? ojos sin mente, sin conciencia, sin sujeto operando el tablero de mandos de la conciencia. ¿Cuánto tiempo podré pasar así, sin que alguien venga a joder esta perfección con la jodida fealdad de su mera presencia? Un día, dos, tres, una semana. El camino de tierra, poco más que una huella, llega hasta la orilla del río. No hay puente. Sólo algún otro necesitado de nadie –no por eso menos malvenido a mi refugio- puede venir a joder a este rincón remoto y sin gracia alguna. Un avión casi transparente, casi fantasma, cruza el cielo, inaudible, a una altura imposible. Parece una ballena blanca y

alada cruzando el océano. Me solazo pensando que he cargado en el avioncito a todos mis conocidos y los he mandado lo más lejos posible. La última vez que salí así de la ciudad, disparado digamos, una tormenta fenomenal me empujó a un hotelito pulguiento y solitario. Lo atendía una mujer de mediana edad, callada y enérgica. Me dio la impresión de alguien cargado de propósitos, probablemente nobles y frustrados, y sobre todo ridículos en su intrascendencia. No sé qué tóxico tendría la grapa de la casa que me sirvió con la cena fría, pero ya tarde de noche la llamé por el intercomunicador, un armatoste negro y pesado como una bala de cañón, y le pregunté si le molestaría mucho dormir conmigo. Me preguntó si me pasaba algo y le dije que me daba miedo dormir solo. Vino. Dormí abrazado a su espalda, pero no intimamos. En realidad era una mujer mala y torpe, y olía inevitablemente a tareas de cocina y de limpieza. Se fue a la hora del lobo, sin despertarme, pero se llevó los dos mil dólares que tenía en la billetera. No hubo manera de que me los devolviera. La única opción era partirle un palo en la cabeza, cosa que no hice. Inútil ir a la policía. Sería su palabra, una vecina, contra la mía, un extraño. Le bastaría con ofrecer una tajada del botín. Desesperado le dije que no tenía gasolina para regresar a Montevideo. Use sus tarjetas, dijo encogiéndose de hombros. Hace tiempo que no las pago, por eso ando con dinero, aduje. No sé si fue porque sacó la conclusión de que soy un canallita como ella, pero de un fajito de nacionales que llevaba en el bolsillo de la falda sacó dos mil pesos y me los dio. Y se fue a alimentar a las gallinas. En eso estuvo por lo menos hasta que dejó de oír el motor de mi auto perdiéndose en la lejanía.

Vicario

En circunstancias comunes de trabajo conocí a este hombre, Pedro, que me pareció de inmediato la persona más amable y más digna de respeto imaginable. Muy pronto Pedro

depositó en mí toda su confianza confesándome la extraña peculiaridad de su carácter que mucho lo angustiaba y lo llenaba de culpa: estaba enamorado de su hija adolescente, quiero decir: enamorado como de hombre a mujer, y su gran obsesión era desvirgarla. Por más vueltas que le daba no encontraba razones válidas para no entregarse a su deseo, más allá de la interdicción legal. La muchacha, Yolanda —en homenaje a la hija del Corsario Negro—, acababa de cumplir los quince años, y se veía tal y como desea un padre que se vea su hija: fuerte, ágil y decidida, era la imagen misma del Príncipe Valiente para el caso de que este hubiera nacido mujer. La perfección de su cuerpo de gimnasta era sin atenuantes. Parecía llevar integrada una dínamo, de modo tal que no comunicaba nunca la idea de reposo. Su mirada clara, fría, algo robótica, parecía preguntar y responder sin prisa y sin tregua todas las preguntas que merecen ser preguntadas. Yula era, ciertamente de una cordialidad impecable, pero siempre daba la impresión de estar poco dispuesta a seguir perdiendo el tiempo con el interlocutor de turno. Consciente mi amigo de que estar enamorado de su hija implicaba posibilidades y riesgos inaceptables, aunque no encontraba razones para abstenerse, se puso a pensar en la mejor manera de zafar de aquello. Nada fácil, por cierto, ya que Yula, huérfana de madre, habitaba a solas con su progenitor, en la casa paterna. La muchacha había sido educada en la solemne pureza de los vínculos familiares, y no le pasaban por la cabeza los ataques de sensualidad y de angustia que le provocaba a su pobre padre. Las mordidas profundas que a menudo veía en los dedos índices de su padre, a la altura de las falanges proximales le parecían, por supuesto, extrañas, pero su imaginación y su experiencia aún no estaban en condiciones de revelarle su origen. Yula circulaba impudicamente por la casa, en bombacha y sutién, sugiriendo a gritos todo lo que no mostraba. Quizá pensaba que su padre era una especie de monja disfrazada, quizá la continua prédica de su padre para que se cuidara de los bajos instintos de los

demás la había convencido de que él no sufría ese tipo de tentaciones. No pude sino asumir que aquella situación acabaría con la salud del probo Pedro. Apreciando el sufriente en mí signos de que podría ser yo sensible a aquel problema al punto de aportarle alguna solución, me confió en detalle extremo la situación. Con lágrimas en los ojos me confesó que hasta cuatro y cinco veces al día se veía obligado a drenar de su alma el veneno del deseo. Le bastaba con oír el canturreo de la muchacha mientras se duchaba para estar en condiciones de taladrar la pared que la ocultaba de su vista. Durante horas cada día todo lo que había en su mente era la pregunta ¿cuánto más voy a resistir sin saltarle encima, con las demoníacas consecuencias previsibles? Con verdadera angustia me contó cómo su hija le parecía por momentos decidida a provocar lo irrevocable, aunque sabía perfectamente que tal cosa era pura alucinación y que ella no tenía la menor intención. Pero imagínese, decía, imagínese la en espacios comunes de la casa, desnuda, a la vista, en días de regla acomodándose la toallita higiénica y luego calzándose bien la bombacha. ¿Tiene idea de lo que producía en mí semejante espectáculo? preguntó, desgarrador. Le aseguré que no. ¿Tiene idea, insistía, de la potencia de fertilidad de ese cuerpo hermoso, pleno, virgen, sin estrenar, y tan pero tan entrañablemente mío? me preguntó babeándose miserablemente. ¿Sería posible no sentir ni un átomo de compasión ante semejante espectáculo de sufrimiento? Para calmarlo un poco le dije que, no siendo padre, no podía imaginar lo que estaba sufriendo. ¿Cómo no arrancarle la bombachita y darle lo que está pidiendo a gritos? me preguntó con tal desesperación en la mirada que me convencí de que aquel hombre no soportaría ni una sola vez más aquella situación sin cobrar la pieza. Y entonces, quizá precisamente porque había llegado al límite extremo de su resistencia, entonces fue que de pronto se quedó mirándome fijo, inmóvil, con los ojos muy abiertos, como si se le hubiera botado la canica, como si hubiera por fin enloquecido, zafando así de su

tormento, o como si se hubiera dado cuenta, por fin, prístinamente absurda pero indiscutible, de la solución a su problema. Dos lágrimas enormes, como de cucharada sopera, brotaron entonces de sus ojos y le lavaron los bigotes. Hágalo usted, gritó. Hágalo usted, querido amigo, hágalo por mí, hágalo por ella, hágalo para salvarnos del infierno del incesto, hágalo por usted, para no tener que culparse de no haber hecho nada ante la inminencia de la tragedia. Y así siguiendo imploraba, con tal energía y con tal convicción que me convencí de que si no desvirgaba a Yolanda me convertiría en un hijo de puta digno de ser tratado a patadas, como un gato callejero. Tranquilícese, no lo voy a dejar en la estacada, le aseguré. Pero lo que me pide de ninguna manera es pan comido. Su hija le aseguro que en ningún momento se ha sentido atraída por mis encantos, le aseguro que jamás me prestó más atención que la que se le presta a una puerta de vidrio transparente. Me temo que este favor se lo puede prestar mucho mejor un coetáneo de Yula, no yo, que tengo los años que tiene usted. No, respondió terminante Pedro. Un coetáneo no me sacaría el diablo del cuerpo, me traería otro diablo... no me perdonaría el haber entregado la joyita de mi hija, no haberla tomado para mí... en cambio, con usted... no sé por qué, pero siento que sería como si yo mismo lo hubiera hecho... como si su cuerpo fuera el mío, sin serlo... la tendría por interpósita persona ¿no lo comprende? Me pregunté, por supuesto, qué pasaría si consumado el asunto no se sentía como si él mismo lo hubiera hecho... Pero se excitaba tanto argumentando, al borde de la demencia pura, que tuve que darle la razón así fuera nomás que con un silencio vagamente aquiescente. Tuve que admitir para mí que algo de razón, razón demente, parecía tener la opción: por lo menos la idea lo calmaba. Pero admitirlo no me hacía avanzar nada en el complicado asunto de darle gusto haciéndole el favor. “Mi vida está en tus manos” me aseguró, amenazante, al separarnos. No pude sino creerle. Tenía en los ojos aquel brillo que sólo aparece cuando ya no se teme a las

peores consecuencias. Pasé la noche entera dándole vueltas al asunto. Al amanecer creí haber encontrado la solución. Fui directamente a Yula y le planteé el asunto en los términos más descarnados. Creo que tu papá padece de una especie de locura, que será transitoria si tú y yo actuamos de acuerdo para que no empeore, empecé diciéndole. ¿Qué es lo que le pasa? preguntó la muchacha, como si habláramos de un problema de funcionamiento del refri. Realmente Yula hablaba como si fuera una heroína de cómic, como si estuviera por encima de todo. Ha concebido hacia ti un deseo monstruoso, expliqué, cauteloso. Uau, dijo apenas y quedó mirando a la nada, como si hubiera pasado de inmediato a reconfigurar su relación con su progenitor. También ha concebido la manera de curarse, le adelanté. ¿Qué piensa hacer, comerse un cactus con las espinas y todo? preguntó con cara de póker. Esa es la idea... pero no él sino vos, chistoseé, incapaz de soltarle la insólita terapia. ¿O sea? preguntó secamente. Evidentemente a Yula sólo le hacían gracia sus propios chistes, como a tantos. Él cree que si tiene sexo contigo por interpósita persona el demonio lo dejará en paz, le solté, yendo al grano. ¿Qué es eso? preguntó arrugando la naricita, como quien se huele alguna matufia. ¿Qué es qué? Por interpósita persona. Ah, eso... quiere decir: utilizando el cuerpo de otro. Necesitó tragar bastante saliva para tragarse aquello. ¿O sea que papá quiere hacer el amor conmigo utilizando el cuerpo de otra persona? Asentí. Quedó callada, como no pudiendo dar crédito. m de aquella conversación absurda el asunto me parecía más abyecto. ¿Y por qué no espera a que tenga novio o me case, que supongo que es lo que hacen los padres normalmente para cogerse a la hija por interpósita persona? Bueno, querida Yula, finalmente hemos ido a dar al punto más escabroso. Lo más complicado no es que Pedro haya llegado a concebir este deseo incestuoso... ni que haya concebido proceder a través de un vicario... ¿Un qué? Un vicario, alguien que lo sustituya... Lo más complicado es la identidad del vicario que eligió... O sea, vos,

concluyó, como si fuera obvio. Honestamente me sentí como si hubieran puesto al descubierto mis maniobras para quedarme con el dinero de los jubilados. Respiré hondo y escondí la mirada. La moneda estaba en el aire. ¿Estás seguro de que esto no es un invento tuyo para cogerme? Ojalá lo fuera, te lo aseguro, dije con mi tono más convincente. Callamos durante largos y lentos segundos, y yo me miraba las uñas de las manos, consciente de que hubiera hecho mejor figura mirándola a los ojos. Ella parecía cómoda, instalada en el charquito de silencio, hasta que soltó, con un tono vagamente impaciente: ¿Sabés que soy virgen? Me pareció que lo decía como si el detalle constituyera, desde su punto de vista, un agravante. Eso cree Pedro, respondí, cauteloso. Pues es cierto... No lo parece, arriesgué. ¿Por qué? Por la forma en que te lo tomás, como si no te fuera en eso nada trascendente... que es como la gente normalmente considera el asunto. Se encogió de hombros en señal de indiferencia. Decís pavadas de viejo, dijo. El asunto, como vos lo llamás, ya no le interesa a nadie. Justamente he estado pensando en terminar con ese tema... Me tranquiliza saberlo, coincidí, ecuánime. Y vos ¿cómo te sentís haciendo de interpósita persona? No sé si hay otra solución, fingí cavilar, consciente de que en realidad no respondía a su pregunta. La miré a los ojos y para mi sorpresa me parecieron los ojos de una bestia calculando el momento del zarpazo. ¿Podría ser posible que la Princesa Valiente comenzara a interesarse en mis maduras masculinidades? Respiró hondo. Veo que estoy necesitando una asistente social, una psicóloga, un abogado, alguien que me diga qué hacer, soltó con notable frivolidad. Ya lo creo, coincidí, creyendo por un momento que me hablaba en serio. Pero Yula: si metés al resto del mundo en esto, vos tenés que hacerte cargo de las consecuencias. Se quedó mirándome, fruncido el ceño. Ya te imaginarás a qué me refiero, agregué. Veo que tienen todo pensado, murmuró, subrayando mi complicidad con su padre. Y entonces sonrió, con una sonrisa que decía por sí sola por qué sonreía

poco: parecía la sonrisa de una calabaza de Halloween, que rompía en pedazos la armonía natural de sus facciones. Una suspicacia más y me voy, protesté blandamente. Y se las arreglan solos. Mi dignidad no es negociable, amenacé como un cuzquito ladrador. Perfectamente, respondió Yula para nada impresionada con mi reacción. Nada como desvirgarme con un payaso hinchado de dignidad, y casi como de la casa. ¿Puedo llamarte tío? Vamos, no perdamos más el tiempo, agregó. ¿Ahora? Si no ahora ¿cuándo? ¿No es este uno de esos asuntos que no admiten la menor demora? chistoseó, burlona. Ella fue la que impuso que, a manera de prova d'amore y para eliminar de antemano cualquier sospecha sobre la veracidad de su sacrificio, el momento quedara eternizado en un chip de celular. No debí permitirlo. Todo debió continuar en la vaguedad de lo imaginado. Hubiera sido salvar en algo la dignidad. Puso el tablet en un soporte, encuadrando generosamente la cama –era la suya-, ella bien de frente y yo un poco de espaldas. El aparato nos mostraba lo que encuadraba, a manera de espejo. Amoral e irresponsable, o simplemente solidaria y voluntariosa, Yolanda se acomodó un poco las guedejas con un gesto coqueto. “Estoy linda. Me gusta este corte de pelo” se dijo, como si aquel fuera un rato cualquiera de sexo con algún coetáneo tan despreocupado como ella. Hablando por hablar, de puro nervioso, mientras nos desnudábamos de la cintura para abajo, dije: No es tema menor que el interesado me reconozca. ¿Quién no te reconoce con tu panza, tu tonsura y tu nariz de zorro? se burló Yolanda, sin énfasis. Se sentó contra el respaldo de la cama y separando los muslos me mostró su altar de Venus. Era puro y delicado como la concha de una niña. Una indiferencia amnésica se había apoderado finalmente de mí. Me sentía como si aquello fuera tan absurdo como inevitable. Separando los labios, me mostró el himen. Ahí ¿ves? Eso es, explicó tocando con la uña pintada de verde. Y no pongas cara de experto, amonestó, amoscada. Con muy poca maña desaparece solo. Igual ponete esto, sirve

como lubricante, agregó, pasándome un pomito de crema. También es espermicida. ¿Y esto, de dónde lo sacaste? Consejos de amigas. Ya te dije que vengo preparándome... Aproveché el untado para masajearme un poco la verga, a medias tumefacta. Con las manos en la nuca y la concha expuesta, Yula observaba mi puesta a punto, al parecer no demasiado desconforme con lo que veía. En segundos su expectativa, por no decir avidez, me tuvo la verga pronta, con la más arrogante erección que haya presentado en años. Cuando Pedro, amplificada la imagen en el televisor, vio el rostro de Yolanda, con la mirada fija en el lente, y con mi “tonsura” –al decir de la chica- a su lado, de los labios se le escapó algo así como un suspiro de alivio. No, mi amor, no soy yo, le dijo a la muchacha, como satisfecho con el modo ausente de su presencia. Y a la vez sí lo soy, agregó babeándose. Y me miró de reojo, con una mirada de perro agradecido. Cuando de un sólido empujón penetré el cuerpo de gimnasta de la muchacha despejando con un solo envión todo el camino, y desatando en su rostro la natural expresión de sobresalto producto de la invasión masiva de su vientre, y la chispa –por suerte sólo una chispa- de dolor, el rostro de Pedro se descompuso, y de la garganta apretada se le escapó un ¡Oh! de asombro, como si recién en realidad tomara conciencia de lo que su capricho implicaba, y me miró con los ojos con los que se mira a un íntimo asesino. Y cuando de inmediato el rostro de su hija fue ganado por un deleite inesperado e intenso, como sólo puede serlo el que por primera vez se consigue por medio de una cópula cabal y completa, el rostro de Pedro se contrajo en una mezcla indescifrable de dolor y gozo morbosos, y no pudiendo más cerró los ojos, bien apretados, dejando escapar entre sus labios una y otra vez: No, mi amor ¿qué hice? Aquello no me gustó y me preparé para la eventualidad de que una vez más fuera el mensajero el que cargara con la culpa. Pero entonces, cuando sucedió lo que en el momento de los hechos no dejo de sorprenderme, o sea que, apenas hundida en la languidez del primer polvo logrado verga adentro, la

muchacha resucitara y con los ojos encendidos de maravilla se pusiera a remontar la cuesta de un segundo orgasmo, al que no tardó en entregarse con un cántico original e interminable de su seguramente también virginal garganta, Pedro abrió los ojos, como deslumbrado ante una aparición indescriptible, y de sus ojos brotaron tantas lágrimas de cocodrilo como nadie vertió nunca antes, ni el mismísimo Pedro original en la escena epónima. Y si la música del alma de Yolanda no cesaba, no cesaban las lágrimas en el rostro de su padre, ya imposible de descifrar si de arrepentimiento o de agradecimiento. Sí, sí, musitaba el desgraciado, una y mil veces sí. Y agregó, misteriosamente, quién sabe con qué planes en mente: Nunca voy a volver a negarme. Y agregó, más incomprensiblemente aún: Pero ya es tarde. Entonces, en ese momento, vino a mi mente lo que, mientras acababa yo copiosamente sobre el delicioso vientre de la muchacha, la oí musitar, y que en el momento me disgustó porque pensé que la desagradecida se refería a mi timing. Dijo, también, tal y cual: Ahora ya es tarde, pendejo de mierda. Evidentemente que en el mismo momento –vivido y luego reproducido- ambos comprendieron y adivinaron que se habían perdido una ocasión única de ser perfectos, de alcanzar una cima desde la cual el abrazo sexual sería por siempre para ellos lo que para muy pocos. Durante la duración del video, lo digo yo, que estaba ahí, el pelo de Pedro encaneció completamente, y terminada la grabación, al ponerse de pie, se tambaleó como un viejo de ochenta años, cuando no tenía más que mi gallarda edad, como ya dije. Absurdamente me ofreció dinero por mis servicios. Creo que lo hirió, o lo ofendió que rechazara su dinero. Como si le dijera: ¿sos tarado, querés pagarme por comerme el coñito virgen de tu hija? Lo que necesitaba era alguna forma de confirmación –y para eso el dinero sirve- de que había sido un auténtico y desagradable sacrificio para mí el favor que le había hecho. No volvió a mirarme a los ojos, de hecho, no volvimos a vernos. Tengo entendido que Yula se fue a vivir con unos tíos lejanos, y

que Pedro, postrado, no sale de su casa. También oí decir que se retiró a vivir en un convento.

.....

Se elevó en el aire con un gran batir de sus enormes y oscuras alas. Flop, flop, flop, flop, las pesadas alas lo empujan aire arriba. Por un momento, como abrumado por el esfuerzo, quedó inmóvil, ocultando el sol. Pensé que iba a desplomarse y que sus ruinas nos aplastarían. Pero no: flop, flop, flop, esta vez arriba y adelante, alejándose hacia el horizonte en llamas. En pocos minutos estuvo fuera de nuestro alcance.

El olor a playa. Asfalto recalentado, gasolina quemada, arena reseca y sucia, arena húmeda, algas podridas. Trazas, volutas de bronceador. Con un esfuerzo adicional: la corriente de aguas servidas alejándose de la costa, y las grandes manchas de aceite y petróleo de los barcos que esperan puerto en el horizonte más cercano, lentamente empujadas por las olas hacia la orilla.

Intento fotografiar lo que me parece que es un mapa, común y corriente, como de mediados del siglo veinte. Busco fotografiar el lugar preciso en que nació Jesús. Con el lente de aproximación busco cerca de Jerusalén. Por alguna razón lo que estoy haciendo implica un peligro para mi persona. Muy vagamente tengo conciencia de que, en realidad, ese es el lugar en que nací yo. Encuadre y toma. Encuadre y toma. Pero el mapa se resiste, se retuerce, muta, como si fuera no un papel, sino un objeto denso,

quizá vivo. Desconcertado por los cambios en el mapa, persisto en mi tarea. Pienso:
Hace falta aquí alguien que invierta un poco de dinero en proteger a los demás.

De un salto se me trepó en la espalda, tomándose con los brazos de mi cuello y con las piernas de mi cintura. Era pequeña y liviana. Puesto que ni ella ni yo llevábamos abrigos, sentí de inmediato la orografía de su cuerpo impresa sobre mi espalda. Me duró poco el sobresalto porque de inmediato se puso a chistosear a propósito de los libros cuyos títulos alcanzaba a descifrar. Ni idea de quién fuera mi jineta, pero pasado el sobresalto decidí darle confianza. Hola, cómo anda, dije como si nada, y seguí tranquilamente plumereando los estantes de libros. La situación me acomodaba, y los globos abundantes y firmes de sus pechos aplastados sobre mi espalda eran una invitación abierta a tomar con naturalidad lo que me ofrecía. Parloteaba en mi oído sus recuerdos del pasado de la librería, que frecuentaba desde hacía años, según decía. Su parloteo incesante parecía invitarme a adivinar quién era, pero no se me ocurría nada en absoluto. Hablábamos de los años de éxito loco de la librería, cuando complementaba la venta de libros con lo que se me ocurriera, siempre con éxito. Como si los recuerdos le despertaran la ternura, mimaba mi oreja con su morro. Le pregunté si ya había egresado, porque la veía poco últimamente. No egresé todavía, y no me ves poco, agregé aceptando jugar a que yo adivinara su nombre. ¿Te acordás que también vendiste cerámicas mías? preguntó. Eran máscaras..., fingí recordar. No, eran jarras. Lara te las traía. ¿Y te pagué lo que vendí? Si. Por lo menos eso..., dije con fingido alivio. Era ya evidente por demás mi desconcierto, no servía seguir fingiendo. Cobró la prenda chupándome ávidamente el lóbulo de la oreja. Siempre quise hacer esto, siempre me encantaron tus orejotas. ¿Y cómo está Lara? Bien. Seguimos juntas. Siempre estuve por preguntarte si eran amigas o novias, mentí. Las dos cosas. Tendí una mano hacia atrás y

la puse sobre sus nalgas, pequeñas y duras. Gimió de gusto, hondo en mi oído. Vení, dije. Se desprendió y deslizándose como una mona cayó delante de mí. Quedamos cara a cara. Para nada recordaba quién fuera, pero sonreí, esforzándome por esconder mi desconcierto final. Le llevaba una cabeza y pico. Ella tenía cara flaca y afilada, de pájara. Y el pelo cortito y gris. Sin disimular su ansiedad vio en mis ojos que no la reconocía. Cerré la puerta de la librería. A esa hora, de todas maneras, ya no venía nadie. Cogimos horas, con renovado frenesí, como queriendo ahuyentar el absurdo de que no la reconociera. En su boquita de labios delgados apenas cabía la mitad de mi verga. Cogimos en el piso, mudos, como sacando quién sabe qué cuentas. Acabó una y otra vez, como cobrándose ganas largamente contenidas. Le eché dos polvos sin descabargar. Después del segundo me derrumbé. En determinado punto de la modorra ella se puso a llorar, a sollozar quedito. Se vistió, depositó en mis labios un beso largo y húmedo de lágrimas, y se fue. Nunca más la vi. Cada tanto me pregunto quién sería, si en algún momento habríamos sido amigos, si habríamos cogido antes, o si era una delirante más de entre los tantos que pululan por las calles de esta ciudad. A manera de cifra de su enigma quedó en la moquette de la librería la mancha que dejó la bola de semen que alcancé a desviar de un destino más promisorio.

Hay sueños que son como alimañas implacables, que una vez que muerden, no sueltan hasta que descargan todo su veneno. Inútil el esfuerzo por despertar, ir al baño, beber un vaso de agua, sentarse en la oscuridad un rato tratando de pensar en otra cosa. Al volver al lecho, entre las sábanas, nos espera la alimaña. Retomamos el relato allí mismo donde lo dejamos. Seguimos paso a paso avanzando hacia el cumplimiento del horrible destino. Volvemos a despertarnos. Resistimos, dispuestos a abortar el descanso nocturno si es necesario para zafar del sueño insoportable. Recurrimos a algo que nos

distraiga, pero sin hacer ruido para no despertar a los demás. Leemos hasta que el libro se nos cae de las manos. Volvemos entonces a la cama. Experimentamos la delicia de retomar el descanso. Soñamos y el sueño es otro. En sueños nos felicitamos. Pero no es así. Creemos que el sueño es otro hasta que atamos cabos y vemos que es el mismo relato sólo que un poco más adelante, perdidos algunos tramos en el forcejeo. Y ahora ya no nos quedan fuerzas para resistir. Nos entregamos a todo lo que no queríamos saber, ya no luchamos más, como el náufrago que se abandona a la irresistible inmensidad del mar.

Ofidio

Hoy mi vecina de puerta, que jamás se ha molestado en saludarme, se apersonó para preguntarme si conocía a algún vendedor de ofidios. Como su actitud me pareció impertinente, me limité a preguntarle, por toda respuesta, para qué quería un ofidio. No sé si tengamos confianza suficiente como para confiarnos secretos, argumentó, cautelosa como un ajedrecista, pero a la vez evidentemente dispuesta a brindarme esa confianza. Obviamente la mujer estaba un poco loca, y me pareció mejor no contradecirla, seguirle la corriente. En fin, es una manera de verlo. Otra sería aclarar desde ya que soy un poco cobarde, y la mujer me parecía agresiva, quizá peligrosa, y no quise averiguar qué represalias tomaría si le cortaba el mambo. Quizá si pasa usted y me acepta un cafecito podamos ir haciendo confianza suficiente, propuse, tan exageradamente untuoso y obsecuente que la mujer sonrió encantada, y entró en la casa con paso de triunfadora, satisfecha de ocupar la plaza sin tener que ejercer ni siquiera una amenaza. Pase, por favor, le dije, guiándola hacia la cocina. Precisamente estaba preparándome un café. Demasiados libros, comentó. Efectivamente todas las paredes de mi apartamento están cubiertas de bibliotecas repletas hasta el último rincón. Si su casa

se prende fuego va a quemar toda la manzana, evaluó, como si considerara denunciarme a los bomberos. Evidentemente mi total allanamiento a su objeción en relación a la confianza –en el fondo como si la ausencia de confianza entre nosotros fuera culpa mía– había fijado todo un nuevo set de reglas a su visita, y quizá a toda nuestra relación. Té para mí, exigió, como si se lo hubiera ofrecido. Tal falta de cortesía no daba como para empezar a marcarle límites, de manera que, por no contradecirla saqué de la alacena una latita de té de limón excesivamente añejada. Siéntese, por favor, la cocina es bastante chica, sugerí. Como la mía, comentó, sentándose a la mesa. Son apartamentos gemelos y simétricos, aclaró, como si hiciera falta. Y luego, con un tonito desagradable: Y ahí se acaban los parecidos. Se me disparó una sonrisa automáticamente obsecuente. Es sabido que la mayoría de nosotros, los varoncitos, no descollamos en las artes de la decoración, concedí, retrocediendo una vez más ante su agresividad. Le puse delante una humeante taza de té delicadamente verdosa. Demasiado tarde me di cuenta de que lo había servido en la taza descascarada. Lo olió sin comentarlo y luego pasó el pulpejo del índice por la zona accidentada del borde de la taza, como para asegurarse de que no se produciría una herida al beber si optaba por apoyar precisamente allí sus labios. Apreté los dientes.

Bueno, dije, un poco ya harto de aquella inesperada y desagradable interrupción en la tarde que me había prometido de lectura infinita. Soy de los ansiosos que se fustiga con la idea de que el tiempo apenas da para todas las maravillas que hay para leer. Y es que si lo malgasto luego tengo que compensar el atraso leyendo más rápido o en horarios en que la lectura rinde menos. Ahora que estamos en confianza, ironicé, quizá podría decirme para qué quiere un ofidio. Con la mirada atrapada en el continuo desvanecerse de las volutas de vapor sobre su taza de té, y jugueteando a sacarse y ponerse el grueso anillo de oro macizo, anillo de matrimonio seguramente, pero que llevaba en el anular de la mano derecha quizá indicando que se trataba del anillo de un matrimonio ya

disuelto, o de un recuerdo familiar, la mujer dijo, sin mayor énfasis, como quien comunica algo patético pero en realidad sin importancia: He decidido castigarme con la muerte, y elegí la muerte por ofidio. Finalmente ahí estaba, perfectamente inesperada, la respuesta por la cual –más por debilidad que por curiosidad- había dado entrada a aquel desagradable personaje en mi casa, destruyendo así mi bella tarde de lectura. Descubrir que se está departiendo amablemente con una suicida, a menos que uno se dedique a hacerlo profesionalmente, funciona como un verdadero revulsivo. Fue como si quien ocupara la silla frente a mí no fuera una mujer sino una gran serpiente. A punto estuve de dar un salto y retroceder hasta la puerta de la terraza, al fondo de la cocina.

Discúlpeseme la supuesta insensibilidad, pero no sabría disimularlo: los suicidas me aterran. Porque entiendo que quien es capaz de suicidio, por la razón que sea, es un monstruo capaz de absolutamente cualquier cosa. Sólo justifico, certificado médico mediante, al que rechaza los padecimientos inútiles de un mal terminal. Y aun en ese caso... Hice un gran esfuerzo por controlarme. Si no lo notó es porque las serpientes ven sólo para adentro. No por enfrentar algo aterrador, debe uno caer en el descontrol total. Entonces lo que necesita es un ofidio ponzoñoso, precisé, como si le estuviera tomando un pedido comercial. Mi idea no es que una boa me asfixie, o me rompa todos los huesos, coincidió, como si yo fuera un idiota. El que empezaba a sentirse asfixiado por aquella visita inoportuna, era yo. Pero no se manda a freír espárragos a alguien que se declara suicida. Es de mal gusto, sobre todo si se trata de una dama dueña de indudables atractivos. No me di cuenta de que era precisamente en ese momento que por primera vez tomaba nota de los atractivos de mi vecina. En aquel momento y no antes empecé a preguntarme si aquel engorro no podría tener alguna derivación gratificante. Así de imprudente, distraído y falto de criterio puede comportarse alguien no malvado en realidad, pero que vive absorto en sus quimeras. No sé si pueda

conseguirse un ofidio ponzoñoso, opiné razonablemente. Se está dando por vencido antes de intentarlo, protestó, sarcástica. ¡Como si yo me hubiera comprometido a algo! ¡Cómo si yo le debiera algún favor! Ese tipo de abuso argumental me produce tal sensación de impotencia que pensé en inventar alguna excusa y huir de mi propia casa. Con todo respeto no veo las ventajas de la muerte por ofidio. Cualquier veneno le sirve igual. Y si los venenos sofisticados son difíciles de conseguir, los más comunes, y no menos efectivos, puedo conseguírselos sin esfuerzo..., agregué, yéndome una vez más de la lengua, porque, suministrarle a alguien veneno para que se mate ¿no es homicidio culposo o algo por el estilo? En realidad no sé por qué, pero esperaba otro nivel de diálogo con usted, murmuró, despectiva. Hizo un gesto vago hacia mi vasta biblioteca, o sea, en cualquier dirección. No hay que leerse todos los libros para saber que los suicidas eligen cuidadosamente su muerte, dijo, lóbrega. Jamás se me había ocurrido el punto, y ella lo captó en mi mirada. De hecho, la mejor definición de suicidio es esa: aquel que elige su propia muerte, peroró, pedagógica. Perdón, perdón, protesté, batiéndome en retirada. ¿Y puede saberse por qué eligió esa muerte?, inquirí, humilde. Ella clausuró sus labios con una sonrisa torcida. ¿Por las mismas razones que Cleopatra?, insistí, creyendo tenerla contra las cuerdas. No sea idiota, se quejó, lacónica. Suspiró hondo, decidida a decirlo todo. Voy a dejar al bicho suelto en casa, él va a decidir cuándo y dónde tenga yo que morir... si es que tengo que morir, dijo, como si por sus labios hablara el oráculo, y cerró los ojos, entregándose a la imaginación de la breve convivencia a ciegas –porque la mayor parte del tiempo no sabría dónde estaba escondido el bicho- y luego el momento mágico de la mordida traidora. Pobrecita, estaba, pues, loca de remate. Nadie podría imaginar una manera más retorcida de quitarse la vida. Encallamos en un silencio denso como su locura, imposible más intransitable. Debí poner las tazas en la pileta y preguntarle si podía ayudarla en algo

más, pero me ganó la idea del animal letal suelto en el edificio, en el apartamento de junto. Más me valía estar tan al tanto como me fuera posible. La tomé de las manos. Las tenía heladas. Las dejó en las mías. ¿Es inevitable? le pregunté, inevitablemente. Felizmente sí, con tu ayuda, dijo depositando en la mía su mirada, por primera vez aplacada, dulcificada por un par de delicadas lagrimitas. Tené en cuenta que también es posible que el bicho se acostumbre a la convivencia y no me ataque, musitó introduciendo una esperanza por demás incongruente. Me consoló pensar que ahora, por lo menos, quizá por sentirse acompañada, lucía relajada, dulcemente resignada, sugiriendo quizá que el camino que recorreríamos juntos no estaría necesariamente exento de algunas alegrías. De hecho me pareció de justicia reclamar algún adelanto, a cuenta de la imposible tarea de conseguirle un ofidio ponzoñoso. No es que no los haya en el Uruguay, los hay hasta en Montevideo, llegados en los camalotes que con las crecientes bajan hasta el estuario. Cruceras y yararás. Ni hablar de la abundancia que hay en las sierras y los pedregales de Maldonado y de Lavalleja, y en los interminables humedales de Rocha, o al norte del Río Negro. Pero ¿a quién se le compra un bicho de esos, en el caso de que uno sea tan irresponsable? ¿Cuántas personas saben cómo manejar esos bichos, y dónde se las encuentra? Menudo compromiso el que había contraído al santo botón. No tuve ni que plantearle el adelanto. Leyó la propuesta en mis ojos y, créaselo o no, se puso colorada. No la ruboriza mirar a la muerte a los ojos y la ruboriza la perspectiva de concederme un polvo... Musitó algo incomprensible con una sonrisa agri dulce en los labios. Si supieras cómo, desde que me decidí, todo en la vida me sabe mejor, argumentó absurdamente. Pero no lo suficiente como para arrepentirte, quise saber antes de involucrarme ya no con su muerte sino con su vida. Es como un canto de cisne que me ofrece el mundo ya no para seducirme sino para compensarme por haberlo padecido, aseguró, melancólica y delirante. Se me echará en cara que me

contradigo: ¿cómo es que deseo a quien acabo de decir que, en tanto suicida, me repugna? Así como digo y repito que los suicidas me aterran y me repugnan, asimismo digo que confío en que el amor lo puede —o debiera de poderlo— todo. ¿Qué tal si mi amor, nuestro abrazo, fuera su última posibilidad? Cosas así pasan por mi mente debido a los demasiados libros. Como pasa también por mi mente que el morbo puede en mí más que la repugnancia. ¿Qué culpa puede uno sentir de seducir cínicamente a una enferma mental si ella no se respeta lo suficiente como para amar su vida? Hipócrita lector ¿te he confundido suficientemente? Hay espacio entonces en este bote para que boguemos juntos. Apreté suavemente sus manos con las mías. Sentí cómo sin resistencia se deslizaba hacia la entrega. Como un hálito fragante y tierno me invadió su deseo de ser tomada. O quizá, mejor, de darse, y por consiguiente, de ya no depender de sí para poder huir del destino que se había decretado. Ah, cómo transfigura el amor, el deseo de la cópula. Se pone de pie, suave e ingrátida como una visión. Como una diosa profana se inclina sobre la mesa de la cocina, se dobla hasta tocar con la frente los antebrazos y se estira y arquea como una gata perezosa. El gozo de la diosa está en el ofrecerse. Me miraba con los ojos velados por la bruma de la entrega. Así miraría al ofidio cuando por fin estuvieran cara a cara para cada uno cumplir con su parte del juego letal e ineludible. Me puse de pie en la pura sensualidad, le subí la falda hasta el lomo y desnudé sus nalgas. Qué precioso culito, pensé. Lástima que no va a llegar a tener celulitis. Fue como si hubiera hablado en voz alta. Como las serpientes, nunca voy a tener celulitis, manifestó con su dudoso sentido del humor. Saqué la verga, pronta como para grandes hazañas. Me sentía tranquilo y concentrado como para aprovechar aquella bella ocasión de ir poniéndome al día, porque novia hacía más que mucho tiempo que no tenía. Estaba muy mojada. Sugestionado por nuestro tema de charla, en un momento de confusión me pregunté si aquella profusión de jugos glandulares no

sería ponzoña excesiva desbordando las fauces de la bestia. Pero ni eso me detuvo. La abrí y me deslicé dentro centímetro a centímetro. Se derritió en suspiros y onduló contra mi vientre cuando sintió que progresiva e inexorable mi animal ocupaba su vientre hasta lo más profundo. Oleadas de sus blancas nalgas batieron contra mi vientre liberando bandadas de suspiros y de gemidos, como gaviotas en fuga. Ignoro como cogería antes de tomar la decisión de acabar con sus placeres y sus tormentos, pero el orgasmo al que no tardó en llegar resultó, francamente, fuera de concurso. Como ustedes sabrán apreciar, no es para nada que leo mucho. Me gusta expresarme con elegancia. Por ejemplo, digo: Cubriéndola me sentía como una sombra densa y amenazadora que le impidiera al azul del cielo y al brillo del sol acudir en su ayuda. Clavada contra la mesa, a mi merced, me preparé para inyectarle mi veneno. ¿Por qué digo mi veneno? Mi ofidio, furiosamente rígido, hurgaba en el fondo de su vientre para escupir ahí su veneno. Un semen ácido, frío, acuoso, amarillento, apenas unas gotas mezquinas. ¿Cómo lo llamaremos sino veneno o semen ponzoñoso? Como ustedes pueden verlo, un ofidio lleva al otro. No hace falta más que un poco de elegancia, que se consigue con la lectura. La sentí aflojarse, allanarse, ansiosa por sentir la mordida lo más cerca posible del corazón. Hurgué y hurgué en busca de ese punto inalcanzable, idóneo para la herida quemante, con la que el corazón se detiene en sólo un pestañeo. Volvió a cubrirla la resaca del orgasmo, pero tan cerca ya de la herida quemante que se le escapó de la garganta un coro de lamentos burlones, siniestros. Dámelo, matame, hijo de puta, me pareció que decía. Creí comprender: ¡Era ella la que hacía de mí una bestia venenosa, como ensayo general de su grandioso acto de amor con el ofidio! Me detuve, me retiré, asqueado de mí mismo, dejándola doblada y expuesta sobre la mesa, rojos y congestionados los labios de la vulva, flotando pesado hacia el piso el hilo de baba de su sexo. No tengas miedo de preñarme, mi amor, ya estoy preñada por la muerte, dijo

mimosa, sin rencor por mis escrúpulos. Pero mi verga vibraba, cabeceaba como movida por un resorte. No quería oír hablar de abandonar la presa, que le guiñaba el único ojo, del que rezumaban, incontenibles, las humedades. El veneno retenido se vengaba mareándome, dejándome incapaz de resistencia. Me sentí, sí señor, el ofidio mítico incapaz de otra conducta que clavar los colmillos para inyectar el veneno. Existir tan solo para eso. No poder resistir el deseo. Cedí. Empuñando el talle bajé la cabezota amoratada e hinchada como un fruto reventón en medio del verano, y la emboqué en la vulva que se abrió, no para dejarlo pasar sino para atraparlo. Su sexo, como dotado de una mano interior e invisible, se apoderó de la empuñadura. Su voz chirriante atravesó la bruma algodonosa de mis oídos. Soltalo de una vez, maricón, fue lo que dijo. Me dio por tironear para salir, pero no me soltaba. Al contrario, buscaba incrementar la parte manoteada, aunque también sin éxito. Tironeando ambos me parecía que la verga se me retorció y temí terminar con un esguince. Gruñía la loca, inconsecuente: Tanto miedo te da preñarme... Y yo le contestaba, indescifrable: Si te preño morirán dos, y el segundo irá por mi cuenta... Y ella, exasperada: Pamplinas. Sos un pelele. Si te da miedo preñarme metémela por el culo. ¿Por el culo? Impensable. Algo brutal, repugnante y primitivo. Ni hablar... Y sin embargo... El culo es, reputadamente, la puerta del Averno, que es el reino de Satanás, que es la Serpiente. Así, pues, dejémonos de historias, y a Dios lo que es de Dios y a Satanás lo que es de Satanás, pura justicia bíblica. Toqué la mucosa reseca, casi negra, sulfurosa, aparentemente inviolada, como un nudo cerrado con furia, Asqueroso, y seguramente doloroso, para ambos. ¿Qué necesidad? ¿Nada más para cerrarle la bocota? Pero al separarle las nalgas el ojete me hizo una guiñada, paródica, obscena, alevosamente invitadora, como la del camello de Camel, y luego se abrió de par en par, como sin duda se abren las puertas del Averno para recibir a los reclutas de la legión infernal, como imagino que se abrirían para

permitir una descarga importante, como la de la digestión de un gran ofidio, consumido en todo lo consumible y ya perfectamente inútil. El vaho sulfuroso agredió mis narinas. Ahora las tales puertas se abrían para mí y solamente para mí, como en el cuento de Kafka que no puedo evitar interpretar en cada maldita cosa que escribo. La puerta al final del cuento de Kafka es obviamente el culo, que siempre deseó pero nunca se atrevió a tomar o a dar. Metí, pues, la verga en el orificio equivocado, como quien la introduce en la máquina de cortar en rebanadas. Me dejé llevar por el sendero oscuro y resbaloso hasta donde pude y ahí quedé, en medio de la pudrición, colgando de la nada. Si intentaba ir más lejos caería, me desprendería del resto del cuerpo. Donde quiera que fuera que había ido a dar lo cierto es que allí ofidios pululaban. Silbaban sus voces y yo entendía lo que decían. Es él, el elegido, él tiene la primera mordida. Pero también oía: Vamos, mentecato, muere de una vez, que estamos con hambre. La dueña de aquel Averno arqueó el lomo por si necesitaba estirarme algún centímetro más adentro. Desde dentro de sus cavidades la oía respirar con una especie de gruñido gutural del fondo de su pecho. Su mano masajeando rudamente mis huevos me jalaba del prepucio hasta hacerme sentir como que tenía el tallo en carne viva. Pero ¿qué tanta locura con mi leche pobre y escasa? Por más recalentada, cortada o podrida no es más que benigna y vivificante leche de macho humano de la especie corriente, no importando dónde se la inyecte. En la espalda tiene tatuado el ofidio. Por momentos se lo ve, por momentos no se lo ve, como si se sumergiera en su cuerpo, como si tuviera vida propia. En la base del cuello, bajo la nuca, tiene las cicatrices de los colmillos que le clavó para matarla. La amante del ofidio me trajo a su cueva para entregarme. Más me vale que descargue de una vez y trate de huir mientras sea posible. Galopándole el culo, prendido de su greña, miro de reojo el reloj de la cocina. Es casi la hora de la merienda. Para leer he perdido la mejor parte de la tarde. ¿Cuánto tiempo hace que dejo que se dilate esta pérdida masiva

de tiempo y de energía? Hizo de mí lo que quiso, saqueó mi tiempo con su locura suicida de peluche, que sale en las horas más valiosas de la siesta a seducir vecinos idiotas y desprevenidos. Furioso volví a contradecirme: No, no va a obtener de mí la rúbrica, se suspende el homenaje a prepo, no se pagan más tributos. Arranqué la verga de su entraña. Me asusté. No era ya sino un cuerno de puro cartílago fosilizado, amarronado y humeante. El susto me inmovilizó y ella rápida como lo que era, una serpiente, atrapó el cuerno con la boca voraz. Cabeceó fuerte, martilló con la cabeza clavándoselo. Lloriqueaba de pura ferocidad. Soltó la leche, maldito, gritó ensordecedora. Obedezco, pero no puedo, ya es imposible, ya no hay tal, se me coaguló y obturó el canal. No sale ni abriéndome una vía en la base del tallo. No puedo más. Esta es mi hora de lectura y quiero que me deje en paz. Le arranqué el cuerno de entre los dientes con no poco dolor. Tiene los labios cubiertos por una espuma medio sanguinolenta, medio amarronada. Corrí, tambaleándome como un borracho, dándome contra las puertas, contra los sillones, contra las bibliotecas. Salí al corredor y bajé corriendo las escaleras. Tengo las manos sucias y dejé marcas en las paredes. Corro con el cuerno al aire. Siento como si lo llevara en llamas de tanto que me arde. A saber qué me ha contagiado la mujer del ofidio.

.....

Soy una divinidad del aire, un dios volador. Desde la altura el paisaje no tiene límites ni horizontes. Son los valles y las colinas de África temblando, meciéndose, tronando desde dentro, su lacónica belleza primitiva brama como a punto de explotar. Corren las siluetitas humanas sin encontrar refugio, sin ton ni son, como las hormigas antes de la tormenta. Después pasa ante mis ojos el espectáculo de las civilizaciones, montado sobre una vasta plataforma que se desliza velozmente, como a lomos de un río muy

caudaloso y salido de madre. De entre todas las civilizaciones me deslumbra una a la que llamo “del ébano”, en la que todo está construido con madura dura y muy pulida, aunque en realidad no es tan oscura como el ébano. Los edificios de la civilización del ébano son de una arquitectura sublime, alada, ingrávida, que sólo pudo haber sido concebida por una inteligencia superior, de la cual nada sabemos en forma directa ya que ha desaparecido hasta el último de sus representantes.

Se esconden todo el tiempo, en todo lugar. Uno ni se da cuenta del momento en que se esconden. Ahora están, ahora ya no están. Sutiles como una brisa de jardín diseñada a propósito para musicalizar las plantas. Nunca nadie los vio en el acto de esconderse, nunca nadie supo decir dónde se metieron. Como consecuencia de esto, aunque reaparecidos, se le considera virtualmente desaparecidos, y no se los toma en cuenta. Qué lástima.

Sueño. Otra vez un lugar fantástico. Es una Facultad de Filosofía. Imaginaria. Un edificio inagotable. No porque crezca hacia afuera. Crece hacia adentro. Contra sí mismo. Retorciéndose. De manera laberíntica, hasta que ya me es imposible volver sobre mis pasos para salir de allí. Sólo puedo seguir a donde me lleve. Es de color blanco y amarillo crema. Y son todas oficinas y aulas. Y está poblado por una fauna demente, puros freaks y snobs. Yo acompaño a una mujer, la mujer de Emilio, mi amigo filósofo. Le he hecho proposiciones sexuales, que ha aceptado, pero como en mi casa es imposible porque soy casado y en la suya también es imposible, me ha dicho que cuando Emilio salga de viaje vendremos a su oficina a coger. La mujer es alta y huesuda, desgarbada, rubia pajiza. No es ninguna belleza. La oportunidad se presenta.

Emilia ha salido de viaje. Pero cuando llegamos quedamos sorprendidos por la cantidad de gente que pulula por los corredores y las escaleras, y en las oficinas. Es que es fecha de exámenes. Nuestro plan se frustra. Si ella abre la oficina del profesor Emilio, se llenará de ponentes y asistentes. Yo no puedo más de las ganas de coger con ella. Quizá si esperamos un rato esto se despeje. Esperando me despierto. Fascinado por la riqueza del sueño en materia de personajes absurdos. Y encantado por la excitación sexual que me embarga. Me pongo a pensar en estos mundos extraordinariamente ricos en detalles e inagotables en dimensiones con los que desde hace unos meses vengo soñando. Es como si un enorme talento de arquitecto, decorador, escenógrafo, hubiera despertado en mí inesperadamente, pero sólo cuando duermo. Con retazos de recuerdos construyo mundos que puedo recorrer sin vistas a que se agoten, quizá porque lo esencial es que en ellos finalmente debo perderme, y me pierdo. Las calles y avenidas suburbanas de un París nocturno, un enorme hotel neoyorquino de los años cuarenta, esta absurda Facultad de Filosofía, y tantos otros. Pido ayuda, pregunto cómo llegar a donde sea, pero las instrucciones que recibo son tan complejas que se vuelven inútiles. Y sin embargo, estar perdido no llega a ser motivo de angustia en mis sueños, tan fascinante me parece el carácter inagotable de mis invenciones.

Tomo nota de que, para hoy, ya toda la arboleda se ha vestido de dorado. El aire se perfuma con la quema de hojas. Me gana la melancolía. Ato a todos mis fantasmas por el rabo y dejo que tireen cada uno para su lado. Fantasma mata a fantasma. Que aprendan a convivir en paz, o que se vayan a la mismísima mierda. No estoy dispuesto a tenerles más contemplaciones. Y menos a que me arruinen las dulzuras del otoño. Bailen con la música que les pongo, desgraciados, artríticos, rancios de tan añejos. O desaparezcan.

Las enormes sombras planean sobre el desierto. Surfean el infinito oleaje de las dunas. No hay final imaginable para su vuelo sin destino. Todos los horizontes son iguales y el sol cuelga, inmóvil, desde hace ya varios miles de años. Otro texto duplica al que mana de la punta de mi dry-pen. De reojo lo veo desprenderse y flotar alejándose. Pero no puedo seguirlos a la vez a ambos. Finjo no prestarle atención y dejo que crezca el otro texto, sin que mi curiosidad lo obstaculice. Quizá aquel contenga la verdad de éste. Quizá la infinitud de la escritura pueda hacer que al final converjan.

Incesto

Roberto es mi hijastro. Hijo biológico no podría serlo. Sólo daría a un hijo mío un nombre proveniente del panteón romano. Veleidades con las que tapo el sol con un dedo, para evitar aficionarme demasiado al chico, cosa que le corresponde a su padre biológico. Pero debo decir que es un magnífico muchacho. Tiene 20 años y cursa con brillo el tercer año de Ingeniería. Le gusta compartir, razón por la cual siempre está requerido de amistades. Expresión de su afecto por mi persona es que día por medio me trae alguna noticia fascinante del para mí remoto mundo de tecnología. Es guapo, y atractivo a su manera un poco lacónica. Es un poco dandy, como su padre, pero a la manera descuidada que corresponde a su edad. Nos queremos a la distancia justa. La de darle al padre lo que es del padre, y al padrastro lo que es del padrastro. Que la distancia es la justa me lo demuestra el que su padre jamás haya esgrimido protesta alguna. Mi tienda está a pocas cuadras del Instituto en el que cursa Roberto, pero hasta hoy no había venido a visitarme. Quizá porque el rubro que atiende no le interesa en particular. Vendo humo, de todo tipo, de todos colores y con todos los olores, especialmente

diseñado, en grandes o en pequeñas cantidades, pero sin efecto pernicioso sobre quien lo respire. En mi tienda como se comprenderá, no hay exhibición de mercadería. Se vende con catálogo y con exhibiciones que pueden verse en monitores de computadora. Y como mis clientes son tan especiales prefiero bastarme solo para la atención personalizada. Sólo tengo en la tienda un asistente para todo tipo de tareas, a quien estoy enseñando poco a poco el negocio. Excepto en casos especiales, él se ocupa de las ventas on line, que, por supuesto, son el porcentaje mayor de la facturación. Tengo una camioneta para entregar los pedidos, a menos que sean voluminosos, en cuyo caso alquilo camiones cisterna. Dada, pues, la particularidad de mi comercio, en mi tienda no hay objetos, sólo superficies blancas, algunas terminales de computadora y grandes vidrieras a la calle. Mi público no es del tipo diletante o distraído, sabe lo que quiere y odia perder el tiempo. El mío es un modelo de negocios tipo europeo. Cero circo. Hoy se dio la casualidad de que mi asistente salió temprano, con tanto por hacer en la calle que ya no regresará hasta mañana. Para mí no es un detalle menor tener tan solo un ayudante: difícilmente soporto estar lidiando con los caprichos, las perezas y las veleidades de los empleados. Roberto, Beto –su padre lo llama Bobbie, que sé que le molesta- se apareció por la tienda un rato antes de mediodía. Entre que lo mío es zafral –en otra oportunidad explico por qué la venta de humo es zafral- y que las de la mañana son las horas de menor movimiento, me encontró solo y cruzado de brazos. Yo estaba en el entrepiso, donde están mi oficina y el baño, cuando lo vi venir. La sala de espera del entrepiso abre, balconcillo mediante, sobre el salón, y desde allí lo vi, a través de la vidriera. Es decir: primero vi a la mujer, luego capté que el joven que la acompañaba era Roberto. Imagínense ustedes lo atractiva que sería la mujer para que tardara yo un par de segundos en tomar nota, llegando por primerísima vez a mi tienda, de quien para mí era como si fuera mi hijo –aunque por cierto que nunca revelaría este sentimiento y

mucho menos a él, porque si algo no necesitan los jóvenes son los mambos de los adultos. Aquella visita matutina, y la animal sabiduría que puso en escena, estaban destinadas a restringir definitivamente mis límites para la expresión de ese sentimiento. Aquella mujer era un artefacto deslumbrador, diseñado y producido para atraer todas las miradas y despertar todos los deseos. Era a la vez la dama altiva y la hembra sensual en un cocktail explosivo. Lánguida, fumaba con boquilla, vestía un tailleur de apariencia severa pero con un corte lateral importante, casi escandaloso, calzaba unas sandalias de taco excesivo para caminar veredas, y tintineaban sus joyas –joyas como para no sacar a la calle- llamando a los ángeles con timbre irresistible, aun cuando uno estuviera demasiado lejos como para oírlas, En fin: vendo humo, pero describir la elegancia y la sensualidad de esta mujer supera mis capacidades. En ese par de segundos en que cambiaron unas palabras antes de que Beto entrara a la tienda, traté de imaginarme cómo habría hecho el muchacho para ligar semejante personaje, que no era ninguna disfrazada sino que era lujo en serio, toda ella. Imaginé una recepción, un vernissage, un brindis, cierre de algún evento universitario. Confusión de peludos y pelucones. Beto en jeans y zapatillas de tenis cayéndole a la mujer con un balbuceo baboso... No, la mujer seguramente fue la que le habló, quien sabe con qué excusa y lo enganchó quién sabe con qué tema, con ese desparpajo propio del que sabe que nadie pretende más honor que realizarle los caprichos. ¡Imposible una pareja más despareja, más incongruente! Pero ¿y de allí a la puerta de mi tienda? Lo supe, para mi estupor, apenas Beto entró en la tienda y me vio en el entrepiso. Ah, hola, dijo, visiblemente nervioso, sacándose el flequillo de la frente. ¿Estás solo? Si... No discutamos nada ahora, sólo decime si entrás o no. Si entro ¿a qué? Esta mujer está afín... Es un caso especial, como podrás notar, dijo riendo nervioso y buscando las palabras. El caso es que... prefiere con los dos y no sólo con uno... pero no juntos... Lo largó y quedó trancado, ruborizado hasta las raíces

del pelo. Y no puede... o no quiere... ir a un telo, no me preguntes por qué. Beto diciéndome aquello me parecía una realidad tan delirante que pensé que se me había botado la canica. Incapaz yo de decir palabra, Beto debe de haber pensado que estaba considerando opciones. Se encogió de hombros. Nada de esto es negociable, agregó. Vi que la lentitud de mi pasmo lo desesperaba. Somos amigos ¿no? arriesgó. Nunca me había llamado amigo. Me sorprendió comprender que ese sencillamente era el lugar que me había dado. O en el que me prefería. Amigo. O amigote. Claro que somos amigos, dije. ¿Podía decir otra cosa? No había tiempo para poner orden en aquella discusión. Había tiempo para decir sí o no. Dije sí, por supuesto. No por la fantástica mujer sino por la fuerza sísmica que podía desatar un no en la natural precariedad, a pesar de los años, de nuestras relaciones de padrastro e hijastro. Tomá las llaves, le dije, lanzándole el manojito, que atrapó en el aire. Cerrá y poné el cartelito, y tráela aquí arriba. Afuera la mujer esperaba. La brisa le daba vida y brillo a su pelo. No pretendo justificar mi complicidad, rayana en el incesto. Sólo pretendo ser fiel a los hechos de aquella mañana. Y que cada uno los evalúe según sus estándares. Beto le abrió y ella, la superhembra, el animal rey entró, caminando lenta y majestuosa, la cartera por delante, sujeta con ambas manos, toda una señora, hasta el centro del salón. No, no era ninguna disfrazada. No vendía nada. No vendía humo, como se acostumbra decir. La mina era puro lujo, auténtico. Y salía a levantar pibes... a hacerse dar en cualquier lugar perfectamente inapropiado... si ¿por qué no?... el capricho es la miel de la opulencia. ¿Qué hacía semejante espécimen con el Beto, pibe divino, pero repibe, con el pelo largo y revuelto, un barbijo ralo y sin carácter, y unas zapatillas de tenis que anoche mismo al cenar coincidíamos que ya no daban para más? Más que imposible para mí descifrar el código que cuadra tras cuadra los había traído hasta la puerta de mi tienda, pero confieso que lo primero que sentí cuando reconocí a Beto, antes de que entrara al salón,

fue orgullo por lo que venía remolcando en el anzuelo. Pensé, en ese segundito previo, que había llegado hasta mi puerta para mostrármela, como para dejar constancia a cuenta de más. Levantó ella la cara hacia mí. No sé qué pensó de mi facha de tipo común y corriente, ni de mi actitud aquiescente, pero yo no pude sino admirar la pureza clásica de sus rasgos –ya se sabe: los ojos grandes, la nariz afilada, el mentón ovalado. Me parecía imposible que aquella mujer viniera a darse más barata que una puta, por nada. Desaparecieron en el hueco de la escalera, pero luego, como si todo hubiera sido una alucinación, no terminaban de aparecer en el entrepiso. Me recorrió un escalofrío. Si era una alucinación, era de las gruesas. Por algo así le sacan a uno la libreta de conducir. Me asomé a la escalera, al borde del susto. Y ahí estaban, en el descansillo. Beto estaba un par de escalones más arriba, vuelto hacia ella, que inclinada sobre su vientre le chupaba la pija con cabeceos ávidos, subrayados por la variedad de angulaciones que le permitía su largo cuello. A duras penas haciendo foco Beto me dirigió una sonrisa bobalicona. Laxo, la dejaba hacer. No tenés idea, balbuceó Beto. La mujer se la sacó de la boca y me miró de reojo. Fue como si ya hubiera empezado a chupármela. Entonces fue que la total obscenidad de la situación que había legitimado como padastro, me golpeó. Fue como si un viento violento hubiera subido por el cubo de la escalera y me hubiera volado las chapas dejándome los sesos a la intemperie. La verga del muchacho, completamente erecta, era de gran porte. Nunca lo había visto desnudo y menos en este estado. La mujer chupaba y mordisqueaba el glande hinchado y el chico se babeaba como un idiota. Ya había pasado el momento de reaccionar, de llamarlo al orden, de explicarle que en la vida a veces es mejor perder una gran oportunidad y conservar intactos los parámetros de respeto que hacen posible la cotidianidad de una familia. Pero no debo engañarme. No es que mi reacción fue aquiescente porque intimidado, presionado por el momento, lento y torpe de

temperamento como soy, no fui capaz de otra respuesta. Si crucé la raya fue porque la tentación pudo conmigo, con mi conciencia moral: decidí devorar aquella maravilla y luego averiguar qué hay del otro lado del espejo. Hui de la imagen imposible, incestuosa. Me hundí en uno de los sillones de la salita de espera de mi oficina y me tapé los oídos para no escuchar los gruñidos de Beto. ¿Por qué me hizo esto Beto? Él sabe bien que debido a la enfermedad de su madre no tenemos sexo. ¿Lo hizo para, de un solo golpe, demostrarme qué es para él un amigo, para demostrarme en la práctica su sentido de la compasión, de la solidaridad, de la generosidad? Es posible. Beto no hace las cosas a lo loco, es cualquier cosa menos frívolo, al contrario, es un chico profundo y misterioso, introvertido quiero decir. Pero todas esas motivaciones juntas no debieran ser excusa suficiente para que yo aceptara semejante situación. ¿O sí? En ese momento emergieron del cubo de la escalera y entraron en la oficina. La puerta quedó abierta. De inmediato recomenzaron los suspiros y los gruñidos del amor. La mujer decía cosas, pero en voz baja y entre dientes, de modo que me resultaba incomprensible. Después dijo claramente, casi gritó, la palabra “fuerte”, y el muchacho de inmediato debe de haber arremetido con toda la energía de sus músculos jóvenes, y con todo el tamaño de su armatoste, porque los suspiros de la mujer, cada vez más fuertes y seguidos, se derretían de puro gusto. Cuando empezó a sonar como a que estaban más allá de cualquier cosa me acerqué a la puerta. Beto podía pasar por un poco desgarrado, pero era pura pose. Cogiendo se veía como un titán. La mujer estaba sentada en mi escritorio, Beto parado me daba la espalda. Con los antebrazos sostenía por las corvas las piernas de la mujer, enfundadas en seda negra y bien abiertas. La bombacha de la mujer, roja, se veía en el piso como un pequeño charco de sangre. Con un juego de cadera profundo e implacable Beto se clavaba en ella como para taladrarla. Más fuerte, más fuerte, susurraba la mujer, tomada de los hombros del muchacho, con un tonito de histeria en la

voz, como si estuviera al borde del polvo y no se pudiera soltar. El niño que llevaba de la mano a la escuela, el que me escuchaba perorar sobre lo malo y lo bueno, el que me contó lloroso su primera cobardía ¿ahora era este gañán dándole de punta a la mujer, no sin cierta grosería, de buen tono, afectada pero no menos efectiva para derribar paredes invisibles? Porque de pronto la mujer se aflojó y quedó colgada del muchacho, jadeando como si hubiera completado una maratón. Fue como un colapso. No sé si acabó o si el polvo se le escapó, como un pájaro demasiado rápido. Fue como si estallara en mil fragmentos la jaula de cristal en la que estaba atrapada. Acabada gruñó abriéndose más, buscando sentirlo más adentro. Beto aceleró las puntadas. Venite dentro, dijo la mujer cuando Beto gimió al sentir la inminencia. La mujer lo tomó de las nalgas para clavárselo más. Inmóvil, como alcanzado por un rayo el chico vibró al descargar bien clavado, soltando un grito de agonía. Qué bárbaro, cuánta leche, decía la mujer desclavándose la verga para llevarla a terminar de vaciarse sobre su vellón. Nunca vi tanta leche, le susurraba, no sin dulzura, casi al oído. La mujer hacía como si yo no existiera, aunque me tenía ahí directamente delante. Yo a esa altura estaba tan duro como pueda estarlo. ¿Es menos excitante el espectáculo de la excitación porque se trate del propio muchacho? Me temo que no. No si uno acepta tomárselo como un espectáculo, que fue lo que yo había hecho. Roberto en el frenesí de la cogida me parecía algo que no debiera de estar viendo, pero a la vez me regalaba la alegría de constatar que era, y mucho, capaz de los placeres sensuales propios del macho. Claro está que no soy su padre biológico. Si lo fuera seguramente no estaría aquí. A no serlo le debo este premio. De aquí en más, sin ambigüedades, se afirmará la verdadera naturaleza de nuestra relación, la que él puso, desnuda y a lo bestia, en juego: la amistad. Divino, decía la mujer con la pija briosa todavía en la mano. Entonces se deslizó hasta apoyar una rodilla en el piso y tomó en la boca tanta verga como pudo

alojar. La chupó largamente, en el puro placer, y cuando la soltó estaba totalmente empinada otra vez. Ahora es tu turno, dijo volviéndose hacia mí. Pero vos, divino Adonis, te quedas aquí y te masturbás para mí. Beto obedeció haciéndose a un lado, con la verga saltándole en el vientre, ansiosa por un nuevo derrame. La mujer tendió una mano hacia mí, que tomé. Me atrajo y me dio la espalda, apoyando las nalgas contra mi bulto. De tal astilla tal palo, me susurró por encima del hombro. Beto le había dicho, pues, que era mi hijo. Ahí debe de haberle cerrado la idea de cogernos a los dos. Un buen acuerdo es un acuerdo en el que todos ganan. Las nalgas de la mujer me masajeaban la verga, que me dolía de tan dura. La tomé de la cintura y le di como para taladrar las varias capas de ropa y clavarme en su cuerpo. La mujer se sacó la chaqueta y luego desabotonó la blusa de seda, levantó las copas del sutién y puso mis manos sobre sus tetas. Ondulaba contra mi cuerpo, bajo mis manos, contra mi pija. Pronto para cogerla sin duda estaba, pero muy dentro de mí sentía una especie de distancia. Hubiera preferido no hacerlo. Quizá porque el devolverle el espectáculo a Beto acababa con el fantasma de paternidad que implica el ser padrastro y establecía definitivamente la democracia de la amistad. Respiré hondo, resignado a cerrar el círculo y me invadió completamente el olor del semen de Beto. Era como un aura que manara del cuerpo de la mujer perfumándola. Era un semen joven, nuevo, poderoso, preñador. Hasta con el olor preñaba. Le oprimí las tetas y retorcí los pezones, gozó sin resistirse. Tetas pequeñas, pero viciosas. Gozaba cada pellizco. Se estremecía a punto de orgasmo, pero sin terminar de abismarse. Despacio fue remangándose la falda hasta desnudar las nalgas. Quedé con el paquete aún vestido pero encastrado entre sus dos bellas lunas. Culeó como para metérselo todo dentro, con ropa y todo, y puso sus manos sobre las mías para que no dejara de castigarle las tetas. De tal astilla... tal palo, dijo otra vez, con la voz ahogada por la calentura. Tendió una mano hacia Beto, que se acercó. La mano

delgada y elegante aterrizó sobre la verga, la atrapó y tironeó de ella. Éramos una máquina de gozar, nos dejamos llevar hasta las orillas del orgasmo y retrocedimos. Por el culo, me dijo la mujer con un susurro. No soy un adicto al culo. Probé alguna vez porque es de orden. No tengo nada en contra pero nunca lo incluí en mi dieta. Con mano habilísima, sin darse vuelta, me desnudó la verga. La masajéo. Tenía una en cada mano. Yo la dejaba hacer. ¿No querés? preguntó quedito, siempre de modo que Beto no la oyera. Sin esperar respuesta abrió su cartera, sacó un pomito de crema suavizante y me lo dio. ¿Quieren que salga? preguntó Beto, comedido como siempre. Yo hubiera dicho que sí, pero ella dijo que no. Depositó abundante abundante crema sobre mi dedo medio. Poneme por dentro, pidió. Hundí el dedo para untarla por dentro. Es posible que fuera adicta, pero lo tenía aun muy apretado. Iba a dolerle. Cogeme, exigió, abriéndose las nalgas con ambas manos. El gesto de abrirse el culo con ambas manos pudo conmigo. Bellas manos, cuidadas, cargadas de alhajas, las uñas pintadas de un verde grisáceo expuestas obscenamente sobre los globos blancos de sus nalgas para mostrar el ojete. Emboqué y empujé. Apenas entró, dilatando pero sin vencer. Tuvo suerte de elegirme a mí para esto. Con el calibre de Beto hubiera sido quizá imposible. No pares, dámela toda, aunque me raje, exigió mordiendo las palabras. ¡Por el amor de Dios! ¡Oscuras palabras! Pero mágicas. Somos bestias. Más o menos bien educadas, consideradas, elegantes, refinadas, pero bestias. Apreté los dientes y le hundí la verga a fondo. No tengo un gran calibre, pero la tengo más bien larga. Fantaseo –fantaseaba cuando tenía una vida sexual- que mi verga es un puñal y que con ella apuñalo. Su piel cedió, como rasgada por una cimitarra. Mi honor quedará salvado –¡juro que eso pensé!- si le arrancaba un par de lágrimas de sangre. La mujer soltó un gemido distinto. El del abismo, el del aullido y la noche oscura. Mi mirada se cruzó con la de Roberto. Me dijo con la mirada algo así como: Uau. Pero no quise encararlo. No quería que estuviera

viéndome en mi bestialidad. Después tendría que encontrar cómo decirle que no me hizo gracia que me viera. Que no soy adicto al culo. Que no se lo hago a su madre como compensación por la normalidad sexual que tenemos restringida. No podía dejarlo quemarse en la hoguera de los deseos prohibidos, de la imaginación abyecta. Estuve cogiendo aquel culito apretado hasta que lo sentí abierto y dócil. La mujer se masturbaba y tironeaba de la verga de Beto. Creo que llegaba al borde del orgasmo y ahí se detenía. Gozaba que su anillo vencido recorriera toda la verga, hasta la punta. Ondulaba como en manos de un mar lento y amistoso. Ella era el corazón de nuestra máquina de gozar, su maestro de ceremonias. Ya está, dijo de pronto. Bastó para mí. Lo dijo sin aspereza, sin capricho, más bien agradecida, dulzona. Acabame en las tetas, me dijo, y se desclavó, poniéndose de frente a mí al arrodillarse. Preciosa verga, me cumplimentó masajeando el largo del tallo y acunando los huevos en la palma de su mano. Acá está... la sangre, dijo señalando a un costado del tallo. Te diste gusto ¿no?, me preguntó mientras sacaba de la cartera su celular. Un testimonio, dijo encuadrando el costado de la verga. Hay gente que si no ve, no cree. Clac, clac. Me sentí una especie de stripper para todo uso. Dejó entonces el celular y se descubrió del todo las tetas. Aquí y allá las tenía decoradas con moretones de mordidas, quizá de golpes, marcas que no eran de hoy, por cierto. Con mano firme y exigente me masturbó, pero no sin antes secar las gotitas de sangre en la blusa. Explotó mi eyaculación, y como quien divaga con un pincel caprichoso esparció los lechazos de un pezón al otro. Masturbó otra vez, hasta que ya no salió nada. Entonces secó la verga en la blusa y la devolvió a su refugio. Beto se masturbaba despacito esperando su turno. ¿No te vas a llevar un testimonio mío?, le soltó seguro de sí el muchacho. Claro que sí. Tomó el celular y clac, clac. Fantástica pija, dijo. Sos un divino. La mujer le ofreció la cara, bien levantada, pero Beto no entendía el gesto. Acabame en la cara, divino, le dijo la mujer en éxtasis. La

verga de Beto escupió un lechazo tal, y tan denso, que en la cara de la mujer sonó como una cachetada. Y luego otro, y otro. La mujer se masturbaba y otra vez pareció remontar la cresta de la ola, y otra vez allá arriba se quedó bailando en el viento colgada de su orgasmo. Volvió en sí, atrapó la verga y la chupó hasta que no quedó casi nada por chupar. Se puso de pie. Estaba bañada en leche. Estoy pronta, dijo. Estuvo fantástico, pero ahora tengo que irme, dijo tomando el celular y marcando. Podés usar el baño, podés darte una ducha si querés, ofrecí. No, dijo, y sonrió. Así mismo es que tengo que irme. Alguien atendió su llamado. Venga ya, dijo. Y luego: Bueno, bajo. Aquel final abrupto y absurdo nos tenía a Beto y a mí boquiabiertos. Ella comprendió y seguro que quiso que no nos sintiéramos usados y despreciados. Así es como tengo que llegar a casa, dijo casi con ternura. Y como seguíamos notoriamente en Babia: Así es como él me espera. Encendió un cigarrillo y tragó el humo. Muy elegante con la lefa secándosele en la cara, en el cuello, en las tetas. Oliendo a rayos. Suspiró hondo. El auto me espera, dijo y se dirigió hacia la puerta. Chau, se volvió para decirme, y me sopló un beso elegante e indolente. Sentí el deseo de volver a cogerla. Se me puso dura en un segundo. ¿Por qué no? Era justo que si nos usaba, nos dejara usarla. Un polvo rápido, de parados, pensé. Pero no. Aquella era la mina de Beto. Él invitó. La mujer le dijo: ¿Me acompañás hasta abajo? La limusina ocupaba todo el frente de la tienda. Habló bajito unas palabras con Beto y se fue sin mirar atrás. Yo no volví a verla. No sé si él volvió a verla. Ojalá que sí, porque la mina era un regalo de los dioses. Un tiempo después estuvo lacónico por demás. Quizá por entonces fue que se le acabó lo que se le daba, y estaba haciendo el duelo. En todo caso, no me lo dijo. Nada hablamos de lo que habíamos vivido. Sí hablamos un poco del papel que habíamos cumplido, presuntamente, en la economía libidinal de aquella mujer con su pareja. Pero de lo nuestro, nada de nada. Fue como una experiencia inanalizable, inefable, indescifrable,

vivida en otro nivel de la realidad. Quizá si hubiéramos dicho algo, la hubiéramos arruinado. Se me antoja pensar que con esta peculiar vivencia en común conmigo Roberto no es más Beto ni menos Bobbie, pero como si lo fuera.

.....

Un Boeing 727 con ciento cincuenta pasajeros a bordo aterriza en medio de un enorme basural. Es la noche más oscura, techada con nubes infranqueables de tan densas. El piloto prescinde del tren de aterrizaje y la aeronave se desliza sobre el colchón de residuos como en un amerizaje con mar picado. Durante segundos interminables la aeronave se convierte en una gran coctelera o licuadora. Pero no se quiebra ni se incendia. Queda posada sobre el mar de basura como un abultado insecto luminoso. Luego de unos instantes de sorpresa o de shock, el pasaje aplaude, como se aplaude al tomar pista luego de un vuelo de muchas horas. Pero el verdadero peligro, para este vuelo desgraciado, lejos de haber terminado, recién comenzaba. Yo acompañaba a mi hijo en su primer viaje largo. No hace falta, papá, protestaba. Mis compañeros han hecho solos viajes como este. Será la única vez, te lo prometo, le impuse. Y me alegré de estar allí con él, aunque de momento no había podido serle de mucha ayuda. Preferiría morir con él y no sobrevivirlo. Es un muchachito serio y decidido, aunque para mí sigue siendo poco más que un niño. Dios lo bendiga y lo proteja cuando yo no esté, mientras tanto yo me ocupo, en la medida en que me permita hacerlo. El capitán advierte por el intercomunicador que debemos permanecer dentro de la nave, de la que seremos evacuados en poco tiempo. La operación de rescate ya ha comenzado, afirma. Después hubo unos segundos de silencio, como si el capitán dudara en decir más. Se estima que los gases tóxicos que genera el gran basural, así como la presencia de abundantes alimañas representan peligros adicionales que es mejor evitar, dijo

finalmente con tono si no inseguro, por lo menos dubitativo. Pero, papá, pregunta mi muchacho, que no va al liceo a rascarse, la fricción de esta mole de metal sobre la basura ¿no puede provocar un incendio? Tiene razón. Los depósitos de basura son altamente inflamables. O el calor puede producir una explosión del biogás que genera la basura, insiste. Es cierto, no puedo sino confirmarle, estamos sentados sobre una bomba de tiempo. ¿Qué hacer? Alrededor nuestro los pasajeros están en la euforia, se han salvado de un terrible peligro, los que no parlotean excitados por teléfono con sus parientes y amigos ya hacen planes para cuando hayan sido rescatados. Tenemos que advertirle al capitán, vos esperame aquí, le digo. Pero cuando me paro una azafata impide que avance por el pasillo hacia la cabina de mando del avión. Le explico que tengo que decirle algo importante al capitán. Ella me pide que le diga a ella. Le digo que sólo puedo decirlo en privado. Si la voz cunde puede haber un pánico, y una estampida. Siéntese, tengo que consultar, dice la muchacha, impresionada quizá por mi seriedad y por mi calma. Me siento. Pasan los segundos. Mi chico monitorea por la ventanilla la situación fuera del avión, al menos en el entorno que las luces del avión permiten evaluar. Papá, mirá esto, llama de pronto mi chico. Pego mi cara a la suya para mirar por la ventanilla. Caminando no sin dificultad sobre la basura, siluetas humanas se acercan al avión. Son los habitantes del basural, susurra mi chico. En la cabina de pasajeros se ha hecho el silencio. Todos espían desde las ventanillas la aparición de aquellos testigos de nuestro destino. ¿Serán belicosos? pregunta una voz de mujer, como si se tratara de algún tipo de bicho. ¿Podrá rechazarlos la tripulación? preguntó un ciudadano preocupado. En los aviones no hay armas, por razones de seguridad, anuncia otro, notoriamente más preocupado. Afuera las siluetas negras son más numerosas, y comienzan a juntarse en pequeños grupos. No parecen por el momento atreverse a acercarse al avión. El capitán podría encender los motores para ahuyentarlos, propone

una dama. Son algún tipo de primate ¿no? pregunta alguien. No, son claramente homínidos, declara alguien pidiendo autoridad con el tono de voz que emplea. Qué es eso, pregunta otro. Humanos, confirma la autoridad. Una voz de mujer joven estalla en risa nerviosa. Esa es la peor de las opciones, supongo, dice. Afuera los grupos se han ido compactando hasta formar un cerco en torno al avión. Entonces comienzan a acercarse, haciéndose más visibles al acercarse a las luces. Es gente sucia, desgredada y en harapos. Pero hay algo raro. Están como demasiado sucios, desgredados y en harapos. Parecen extras de una película de sustos. Hay algo raro, susurro en el oído de mi hijo. Él mueve la cabeza asintiendo. Me concentro en observar a uno de los supuestos habitantes del basural que tengo más cercano, una mujer. Lleva una bolsa de arpilleras sobre los hombros, no sin elegancia, como si fuera un chal de cachemira. De pronto saca una mano de entre los trapos, una mano blanquísima, con las uñas rojísimas. Con un gesto discreto se quita de la frente un flequillo rebelde. Tiene la cara tiznada, pero como si la hubieran maquillado para hacer de Chim-chimenea. Tengo toda la impresión de que me está mirando directamente, como si me conociera. Le hago un saludo de manito como el que haría un niño a su personaje favorito cuando aparece en la escena del teatro. Y entonces, como si me reconociera ¿qué hace? Abre sus harapos y me muestra la camiseta blanca que lleva debajo, estampada con una especie de diseño de botella de refresco –botella de silueta demasiado conocida, pero con colores. Cerró de inmediato los harapos, como si aquello hubiera sido solo un guiño en respuesta a mi simpático saludo. ¿Viste eso? le pregunté a mi hijo. Sí, responde mudo por la sorpresa. ¿Qué fue eso? insistí. No lo sé, una especie de camiseta de publicidad. A un lado y a otro oíamos cuchicheos, como si todos empezaran a encontrar algo raro a aquella murga, o como si otros hubieran también recibido guiños como el que yo recibí. Entonces sucedió: más luces se encendieron en torno al avión, y los ojos y las

dentaduras sonrientes de los homínidos brillaban y en sus manos sostenían botellas del refresco multicolor, ofreciéndonoslas. Coca-Prole, gritó mi hijo, entusiasmado.

¡Saluden! gritó alguien dentro del avión. Y todos saludamos de manito. Y entonces todas, pero absolutamente todas las luces se apagaron y quedamos en la más espantosa oscuridad. Con todo quedó claro que aquello no era una nueva tragedia de la aeronáutica sino la filmación de una publicidad para el refresco Coca-Prole.

A vos, Rector de todos los destinos, Patrono de todas las inspiraciones, a vos te invoco y a vos te pido, tarde, porque ya no creo en nada, tarde pero te pido que el fruto de mis esfuerzos haya sido bueno. En agradecimiento te rindo este tributo de continuo.

Así llegué a la estúpida idea según la cual si uno permanece con los ojos cerrados, o bien los demás desaparecen, o bien por respeto lo dejan a uno en paz. Ninguna de las dos cosas sucede. Todo lo que sucede es que lo diagnostican a uno como depresivo.

Museo. Los cuerpos consumidos por el hambre, las almas consumidas por el sufrimiento, aún arden en las hogueras del Deseo. La verdad está en los sueños. Las miradas a punto de desvanecerse en las fotografías siguen exigiendo justicia. Pero ¿qué justicia? ¿A quién vamos a exigirle justicia nosotros, los afortunados?

La cremonita es un mineral de origen volcánico que tiene la curiosa propiedad de borrar todo tipo de accidente de la piel humana, alisándola completamente. La federita es un mineral raro que consumido en mínimas cantidades por los humanos, en forma de

polvo, le varía en forma inocua, irreversible, e irreconocible la estructura del ADN.

Adiós a la comparación de huellas dactilares, adiós a la comparación de muestras de ADN.

Confesionario

Clac. Abierto queda el postigo deslizante de la ventanilla de confesión y cara a cara han quedado el confesor y el presunto penitente, separados por una rejilla de madera, a través de la cual, puesto que la luz proviene del exterior del mueble, ella –en efecto, se trata de una dama- puede ver, destacada en la penumbra una delgada media luna de la cara del cura; él, en cambio, sólo puede ver, contra el resplandor matinal, la silueta, oscura, de la cabeza de la mujer, en la que sólo forzando mucho la vista podría distinguir algún rasgo fisionómico, esfuerzo que el cura no hace porque, después de dos años en la misma parroquia, ya sabe muy bien quiénes son las que se confiesan, y para cada voz que le susurra sus pecados en el confesionario automáticamente se representa la cara que corresponde. Pero si, a punto de cumplir cuarenta años, algo ha aprendido el Padre Diego –así se hace llamar- en su ya larga e impoluta trayectoria en el oficio de cura, es que el confesionario es uno de los lugares favoritos para que el Tentador embosque a sus víctimas con o sin sotana. Sabe también el cura que buena parte de lo que se dice al respecto es fantasía morbosa de la feligresía, que sazona así un poco las monótonas actividades litúrgicas. Y calcula, finalmente, que él mismo, en tanto hombre plenamente vigoroso, y corriendo los tiempos que corren de denuncias y vergüenzas para el clero, seguramente que no está a salvo de tales habladurías, razón por la cual nunca baja la guardia, porque es precisamente cuando se confía el pecador, que el Tentador ataca. De la probidad del Padre Diego da buena cuenta la respuesta que propinó a un cura pícaro y veterano que le mostró una foto del confesionario de vidrio

de Sepúlveda asegurándole que así quería los confesionarios el nuevo papado. Diego le respondió que no sólo lo veía muy bonito sino, además, sumamente conveniente, porque a nadie se le ocurre urdir pecados ya no sólo a la vista de Dios, al que nada se le escapa, sino además, a la vista del público. Es una garantía, concluyó, como en los restaurantes en los que la cocina está a la vista del público. Nuestro cura sabe, en todo caso, que el confesionario que a él le tocó –de puro quebracho, según investigó– es un verdadero bunker, dentro del cual confesor y confesante están verdaderamente aislados y apartados del mundo. Razón de más para prepararse para trampas y asedios. En realidad, aquella mañana de miércoles, apenas hubo abierto la ventanilla de confesión el cura supo que tenía una confesante nueva. De ninguna de sus viejas gallinas emanaba una intensidad, un magnetismo, como el que emanaba de aquella silueta. Su aura era tan fuerte que sintió que se le erizaba la piel de los antebrazos. Dejó de oír su propia respiración, que era el reloj con el que contaba el tiempo que pasaba encerrado en el mueble esperando, no sin impaciencia, a que se cumpliera la cuota del día. Dejó de respirar el olor a viejo, a rancio, a suela de zapatos, a cura sudoroso y encerrado, mezcla de olores inextirpable ya del vetusto confesionario. Semejante perturbación no le dejó la menor duda: la que lo miraba fijo desde el otro lado de la rejilla era su Némesis. Imposible saber por qué aquel hombre probo pensaba que tarde o temprano su Némesis lo alcanzaría. ¿Qué tenía para reprocharse? Sólo esto: la soberbia de nunca haber sabido ceder al pecado, asumiendo su debilidad como cualquier otro ser humano. Sólo eso. No había sabido asumir la contradicción insuperable entre el imperativo de pureza y el imperativo de humanidad sin el cual no es posible ganarse el Cielo. Entonces la mujer le habló, con la más celestial de las voces, con una voz concebida como para hablarle al oído al mismísimo Jesucristo. Vi cómo me mirabas durante la misa del domingo. Sentí que me llamabas, y vine. Diego aparte de probo era un hombre sensato, muy poco dado a fantasear. Está

loca, pensó, a manera de hipótesis provisoria. Recordó historias de chifladas encaprichadas con su curita. Se preparó mentalmente para buscar apoyo. Las chifladas si se obsesionan son capaces de escándalos que destruyen cualquier reputación. Hija mía, lamento si te di la impresión de convocarte, no fue mi intención, le aseguró. Con toda mi alma convoco a toda la feligresía de mi parroquia al sacramento de la confesión, pero no convoco a nadie en particular. A veces con la mirada decimos cosas que no pasan por nuestra mente, respondió, sensata, la mujer. Hija mía, te agradezco tu... generosidad. Pero te aseguro que no hay en mí nada, consciente o inconsciente que te haya convocado, excepto como hermana en Cristo, precisó Diego, refugiándose en la retórica. Es como tu hermana en Cristo que acudo a tu llamado, dijo ella, irreductible. Quedaron mirándose en la penumbra, incapaces de avanzar o retroceder, cada uno por sus razones. Él por no patear el avispero que se traía la loca. Ella porque se había comprometido consigo misma a no avanzar más allá de lo que el cura se lo permitiera. Hay una lámpara aquí afuera, si la encendieras podrías reconocerme, propuso la mujer. No funciona desde hace tiempo... y no necesito reconocerte, dijo el cura. Puedo mostrarte mi perfil, propuso la mujer, y giró la cabeza hasta que le mostró la línea de su perfil apenas iluminada. Nada le dijo al cura aquel perfil, que apenas miró de reojo. Vio que mostraba la suavidad de líneas de una adolescente. Cosa que no podía ser, a juzgar por el aplomo dulcemente seductor de su voz. ¿Vas a confesarte? preguntó, ansioso. No contigo, no podría, confesó la mujer. Puedes irte, entonces, con la paz en tu espíritu, dijo el cura y dibujó en el aire la señal de la cruz. La mujer calló. La ventanilla de confesión se cerró. Clac. Una vez más era miércoles y las diez de la mañana cuando el Padre Diego abrió la ventanilla de confesión y otra vez la mujer estaba ahí. Sintió que lo ganaba la desazón. Su Némesis lo torturaría hasta el final. ¿Es que dije demasiado o no dije suficiente? preguntó, sombrío. Decime que me vaya y me voy, respondió la voz

celestial. Esta es la casa de Dios, no puedo pedirte que te vayas. Mucho menos puedo pedirte que te quedes, dijo el Padre, como resignado a la tortura. O sea que soy yo la que tengo que irme, y no volver. Puedo pedir que me trasladen, concedió el cura. Por ejemplo como misionero, al África. La mujer no respondió. El cura tuvo claramente la sensación de que estaba perdiendo la partida. Y yo puedo seguirte, jaqueó finalmente la mujer. ¿Dejando a tu marido y a tus hijos? arriesgó Diego, sin saber si los tenía. Vos sos mi única certeza, aseguró la mujer, incorruptible. Me estoy dejando vencer sin disparar un solo tiro, se dijo el cura, no sin asombro. ¿Dónde está ahora el campeón de la pureza? Pobre curita. Alegrate, regocíjate. ¿Por qué te sentís derrotado cuando tendrías que sentirte vencedor? susurró melosa. ¿Por qué no me dejás demostrarte hasta qué punto sos el vencedor? Es como una serpiente que hipnotiza a su presa hasta que ya no puede huir ni resistirse, pensó el cura. Deseó de una vez su ataque final. El confesionario es mi último reducto. Esta frágil rejilla de madera es mi última defensa, pensó, desconsolado. La mujer se inclinó hacia la rejilla. Tu aliento, salmodia con dulcísima voz, huele a que te cepillás los dientes con jabón de lavar ropa. El cura calla, como un perro ladrador pero apaciguado. Tomame el aliento, dice ella expeliendo una bocanada a través de la rejilla hacia dentro del oscuro cubículo. El cura retrocede en el cubículo cuanto puede –centímetros, en realidad-, como un bicho asustado, como si el aliento pudiera tocarlo, y matarlo. Tengo a alguien esperando, susurra el cura, en pánico desde el fondo de su cubículo. Extiende un brazo y empuja el postigo deslizante que, apurado de más se tranca un poco. ¡Clac! se cierra finalmente. La mujer inmóvil, oyendo el ruido de la otra ventanilla, y luego los susurros. Acerca el oído a la rejilla tratando de oír lo que dicen. El siguiente miércoles a las diez de la mañana la mujer vuelve a arrodillarse en el confesionario. Aunque el reclinatorio está tapizado abre un pañuelo blanco donde va a apoyar las rodillas. Del bolsillo del abrigo saca una lamparita

y la pone en lugar de la agotada, que a su vez guarda en su bolso. Espera luego, hasta que se abre la ventanilla muy lentamente, como empujada por una mano agotada, o, más seguramente, resignada. Callados. El silencio entre ellos pesa como una especie de fatalidad. Como la conciencia de que no pueden eludir lo que debe ser dicho. Sos cruel, me castigás porque no podés evitar desearme, dice la mujer. ¿Castigarte? No. Te agradezco que me ofrezcas los tesoros de tu femineidad, pero soy el hombre equivocado para esa dádiva. No conozco tu rostro. Pero sé que no te he mirado, porque nunca permito que el deseo impuro me imponga su ley. ¿No conocés mi rostro? No. Prendé la luz. Te dije que no funciona, desde hace años. Ahora sí funciona, es un milagro, susurra la mujer, irritada. El cura duda, finalmente presiona el switch y se hace la luz sobre el rostro de la mujer. El rostro es de una belleza resplandeciente, inaudita, como el de la más bella madona renacentista. ¡Ah!, suelta el cura, apabullado. La belleza del rostro le es insoportable, como si estuviera viendo a la mismísima Virgen María. No, pide con un hilo de voz. Y apaga la luz. Jadea, como si se hubiera quedado sin aliento. Perdón, perdón, musita. Soberbia se llama tu actitud, dijo la mujer. Te creés de naturaleza superior. Yo no puedo evitar dar, pero vos podés evitar recibir. Me creés una tonta que ha equivocado el objeto de su deseo. Me creés indigna de tu pureza de espíritu. El cura no responde a la andanada, se hunde en su silencio como el quelonio se sumerge en su caparazón. Sabés desear, porque no está en tus manos evitarlo, pero no sabés amar, dice la mujer. Cara a cara con tu deseo lo negás no tres sino cien veces. Ni siquiera sabés que cuando el deseo y el amor van juntos es lo más cerca que se puede estar de lo divino, dice, y calla. Este es el final de nuestro camino juntos, dice el cura, agotado. Espero que tu locura febril por lo menos te deje tener piedad. Pone la mano sobre la ventanilla para cerrarla. No, pide ella. Esperá. Prendé una vez más la luz. Bañe mi cara la luz una vez más y será como si me acariciaras. Dame por lo menos eso. C-lac suena la ventanilla al

cerrarse lentamente. La mujer respira hondo y espera que vuelva a abrirse la ventanilla. Pero no. Se pone de pie, recoge su pañuelo. El domingo, oficiando la misa, cada vez que en el desarrollo de la liturgia Diego se vuelve hacia la feligresía busca con la mirada, sistemáticamente, a la mujer hermosa como una madona. Comienza con los bancos más cercanos, los recorre como si fueran los renglones de una escritura que se leyera comenzando por la parte baja de la página y se siguiera hacia la parte más alta y lejana. Cada vez abandona la búsqueda en un rostro, y en el mismo la retoma, pero no puede encontrarla. Acaba la misa deprimido y angustiado, no tanto por no haberla encontrado sino más bien por haberla buscado. Apenas abierta la ventanilla el siguiente miércoles la mujer dice: Bendíceme, Padre, porque he pecado. El cura queda callado, tenso. No quiere aquello. La mujer insiste: Ave María Purísima. Entonces el cura no puede sino responder: Sin pecado concebida. El cura la mira, se pregunta si debe aceptar su confesión. ¿Cuándo fue la última vez que te confesaste? Hace dos meses, justo antes de conocerte. El Señor esté en tu corazón para que puedas arrepentirte humildemente de tus pecados. He tenido pensamientos impuros. He sido adúltera de pensamiento. ¿Algo más? La mujer duda. No, dice. ¿Te has tocado? Sí. ¿Cuántas veces? Muchas. Ahora mismo me estoy tocando. El cura la mira. Duda qué hacer. Enciende la luz. Sorprendida la mujer no puede ocultar el placer que transfigura su rostro, o no quiere hacerlo. Levanta la mano derecha, con el índice y el medio extendidos. Olé mis dedos, dice con voz anegada por el placer. Vencido, Diego se acerca y huele. Es el olor de mi vulva. El cura pegado a la rejilla, como embriagado por el olor. Voy a acabar ahora, dice ella, quedito. El cura la mira con los ojos bien abiertos. La belleza delicada de la mujer lo derrota completamente. La mano de la mujer baja y se desliza entre la ropa. Para vos..., dice con apenas un suspiro. Mi hermano en Cristo..., suspira. Mi verdadero marido... Y libera un orgasmo puro y delicado. Dios mío, dice el cura, sumido en la contemplación.

Tanta belleza... Es un acto de amor, dice ella. Lo sé, concede finalmente el cura. ¿Sabés por qué no fui a tu misa el domingo? Porque no puedo soportar el deseo que veo en tus ojos cada vez que me mirás. No es cierto, musita el cura, son fantasías tuyas. Me duele. Quisiera que cortaras la misa y que vinieras a gritarme que no podés pasar un día más sin cogerme. El cura se sobresalta, asustado, porque ella ha levantado la voz. No grites, le pide. Rezá un rosario y pedí perdón por tanta belleza, dice. Y que Dios me perdone también a mí. La mira por última vez y apaga la luz. Yo te absuelvo de tus pecados, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Y hace la cruz bendiciendo a la absuelta antes de cerrar, suavemente, la ventanilla de confesión. Tic. Siete días después, apenas están cara a cara, Diego dice: Aquí estás otra vez y otra vez voy a absolverte del pecado que provoco en vos, pero es preciso que sepas que no habrá absolución para el escándalo de mi pecado, no mientras sigas visitándome. Si nos muriéramos ahora vos irías al Cielo, pero yo iría al Infierno. Es la última estrategia del cura, inspirarle compasión. Me duele lo que decís, responde la mujer. Yo vengo aquí a traerte el consuelo del amor humano. No sabés lo que decís, sólo el amor divino es consuelo. Yo lo tenía y vos me lo quitaste. ¿No fue consuelo para vos cuando me tuviste por primera vez? pregunta la mujer. ¿Qué decís, desgraciada? Nunca te tuve, y nunca va a haber una primera vea. Sí que la hubo, y yo vivo de recordarla. Estás loca. Mis tías prepararon chocolate con churros. Merendamos juntos, nuestras rodillas tocándose, primero por casualidad, después por pura entrega. El ruido que hacías al sorber el chocolate me parecía música. Vos contabas tus esfuerzos para mejorar la vida de la parroquia y yo me sentía orgullosa de vos, de que aceptaras mi amor. Nada de lo que decís es cierto. Para empezar, odio el chocolate con churros. Sin embargo no me parecía que ingirieras a disgusto. Hacia el final de la merienda llegó mi marido con los niños. Te acompañé hasta la puerta. Estábamos en el vestíbulo. Pared por medio con mi familia. En tus ojos

vi esa misma mirada de deseo... doloroso, con la que me miraste en la misa... Era un dolor contagioso, no podía negarte nada. Qué pasa, te pregunté. Nada, dijiste. Pero pusiste tus manos sobre mis pechos y sentí que todo el cuerpo se me aflojaba, como si fuera a derrumbarme. Me apretabas las tetas como si fueran dos frutos y quisieras sacarles jugo. Me las apretabas tanto que me dolía. Oía cómo en la mesa los niños parloteaban y los mayores cuchicheaban. ¿Cuánto tiempo podíamos seguir así, sin que alguien viniera a ver por qué se tardaba tu partida? No querrían interrumpir. La señora de la casa está con el cura. Lo que hablen sólo puede ser bueno para el hogar. Ángel de la perdición, decímelo ahora, fue tu experiencia la que te dio confianza para hacer lo que hiciste. Desabrochaste tu sotana, metiste la mano y sacaste el pene. Mentís, pero qué dulce es tu mentira, susurró apenas Diego. Bello pene, enorme, majestuoso, dice la mujer con dulzura bíblica en la voz. Me parecía un animal salvaje liberado de la red que lo atrapa. Temí que me mordiera. Aquí se ve tu mentira, mi pene no tiene nada, absolutamente nada de especial, dice el cura. Tenías la cara tremenda, como si estuvieras conteniendo algo imposible de contener. Caí de rodillas e hice por vos lo que nunca había hecho por mi marido: me llené con tu pene la boca. Temblábamos como si nos sacudiera un terremoto. Todo es mentira, no sigas, no me avergüences más. Empujabas en mi boca como si te hubieras equivocado de orificio. Yo pensaba: ¿y por este ultraje tan dulce una mujer es despreciada y se le escupe en la cara? Terrible error sacrílego que jamás cometería, insistía Diego con la voz estrangulada por el deseo. Ni pensaba en lo que estábamos haciendo. Actuábamos como si fuéramos invisibles. Yo pensaba: ¿cómo puede ser cura un hombre con semejante pene? Entonces la boca de tu pene se abrió y dejó fluir un río de semen en mi boca. Tragué y tragué. Ni pensar en darle otro destino. Sentí que tu alma se diluía en mi boca, y que me habitabas, como Cristo cuando la hostia se disuelve. La mujer calla. Jadea. Es claro que se está

masturbando. Compartámoslo, pide la mujer, pastosa ya la voz, surfeando suspiros cada vez más hondos. Acompañame, tengamos esto juntos... El cura enciende la luz. El rostro de madona está descompuesto por el deseo. Se babea. Abre los ojos como ante la visión de lo imposible. Se estremece, y al alcanzar el orgasmo cierra los ojos como para atrapar y guardar para sí aquella visión. El cura suelta unos suspiros contenidos, pesados. Masajeándose por encima de la sotana, la ha acompañado en el placer. Se miran como por primera vez, los rostros arrasados por el orgasmo. Luego, lentamente, sus rostros se van dulcificando. El cura apaga la luz. Yo te absuelvo de tus pecados, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén, dice ella. El Padre Diego cierra el postigo deslizante con mano renuente. Quisiera seguir allí con ella. C-lac. La mujer se inclina hacia la rejilla poniendo de costado la cara, como tratando de captar el silencio del cura. Una semana después, la ventanilla se abre tan lentamente como empujada por la mano de un niño, o la de un desfalleciente. Como si ya no deslizara bien el postigo. Hice de la casa de Dios un burdel, suspira el cura, melodramático. ¿Por qué un burdel? Aquí nadie ha pagado por nada. Te pido que respetemos la casa de Dios. La casa de Dios es la casa del amor. Pero no de la lujuria. ¿Y quién sabe dónde empieza uno y termina la otra? La mujer se acerca a la rejilla, susurra, intensa. Yo no sé qué es la lujuria. Cuando me toqué el otro día fue para mostrarte la belleza y la pureza del deseo que vos provocás en mí. Pensé que al verlo comprenderías tu belleza, porque sólo lo bello puede producir belleza ¿o no es así? El cura calla. Reza en silencio como para no oirla, pero la voz de la mujer confundida con la propia se convierte en parte de su oración. ¿Acaso deseo y lujuria son lo mismo? insiste la mujer. No, suspira apenas el cura. Un domingo llegué a comulgar de tus manos. Sentí que al deslizar la hostia entre mis labios introducías tu miembro en mi boca, y que las palabras que susurrabas bendecían a la vez la Comunión y la dulce cópula. Volví a mi asiento y en esos minutos

de recogimiento interior, aislada del mundo que me rodeaba, tuve el más bello orgasmo imaginable. Fue tan fuerte que casi dio conmigo por tierra. Pobre... mujer, musitó el cura. Pobre diabla ibas a decir ¿no? Eso soy para vos, una demente, una posesa, a la que habría que sacar a fustazos de la casa de Dios. No... pobre hermana mía en Cristo. Eso iba a decir, dice el cura. Estás perturbada, pero ya se te va a pasar. No se me va a pasar solo. Necesito ayuda, tu ayuda. Sació mi sed hasta que se apague mi deseo. No me necesitás a mí. ¡Una mujer como vos, que ha sido bendecida con todo lo que la vida puede dar! Contás con tu marido, y si él ya no sabe o no quiere ayudarte, contás con tus hijos, criaturas en las que mora en toda su bondad Cristo, y contás con la oración. Y contás con que yo rezo por vos. Mirá todo lo que tenés para apoyarte, dice el cura tratando de comunicarle entusiasmo. La mujer permanece en silencio. ¿Alguna vez viste un ángel? Pregunta con voz distante, como si hubiera estado pensando en otra cosa. Diego duda ante la pregunta inesperada. Sí, dice. ¿En persona o en estampitas? En persona. ¿Cómo son? Diego pensó que una conversación inofensiva sobre imaginerías cristianas seguramente le vendría mejor a la mujer que inmolarse otra vez en el confesionario. Hay de dos tipos: volátiles y pedestres. Unos tienen alas, los otros no. ¿Y cómo son las alas? Enormes. Según el tamaño debieran de serles muy incómodas cuando no están volando, pero caminan como si no les molestaran en absoluto. Diego se entusiasma, como si ella fuera un niño impresionable. ¿Y los otros? De aspecto son iguales a nosotros, pero a poco que los estás mirando, te das cuenta: ¡pero si es un ángel! te decís. ¿Por qué unos tienen alas y los otros no? Para volar, por supuesto. ¿Unos necesitan volar y los otros no? Así parece. ¿Como cuánto de alto pueden volar? Hasta el Cielo, supongo. Si no ¿para qué tendrían alas? ¿Hasta Dios? Supongo. ¿Y los otros, sin alas, como van hasta Dios? El cura respira hondo. No lo sé. Sólo soy un cura. No hables así. Para mí sos el hombre más digno de ser deseado que haya conocido en

mi vida. Como quiera que sea, los últimos secretos no me son revelados. Pero sí sabés si hay ángeles masculinos y ángeles femeninos... Por supuesto que los hay. No hay discriminación de género en el Cielo. Sería injusto que no hubiera ángeles femeninos... Mientras formulaba esta respuesta Diego comprendió que había cometido un error. O sea que pueden tener sexo. ¿Para qué si no tendrían la diferencia? concluyó tranquilamente la mujer. No me expliqué bien, reuló el cura. Los ángeles son a la vez hombre y mujer. Tienen ambos sexos. No necesitan tener sexo. ¿Tienen ambos sexos o ninguno? Ambos. O sea que conocen el goce de ambos sexos. Diego nada dice, no sabría qué decir. Siente que la mujer es más fuerte que él. La mujer sigue con su rollo, tranquila pero inflexible. O sea que cada vez que se abrazan pueden elegir un goce u otro. Los ángeles que se abrazan, digamos ¿se ponen de acuerdo cada vez? ¿O no se ponen de acuerdo y se dejan fluir libremente de uno a otro goce, de una a otra condición? No lo sé, musita el cura. Imaginate el abrazo de dos ángeles. No me digas que nunca te lo imaginaste. Gozando ahora como pene y ahora como vagina... Alternando. Es estremecedor. La voz de la mujer, aunque calma es tan intensa que el cura se inquieta. Enciende la luz. El rostro perfecto expresa no sólo una ternura embriagadora, sino un resplandor que sólo puede ser el de la inteligencia, el de la sabiduría. ¿Qué demonios es esta mujer? se pregunta el cura. ¿Un demonio? No, no puede ser un demonio. Entonces ¿qué? ¿Es un ángel? ¿No es estremecedor? pregunta la mujer. Porque podrás tener dos sexos, pero mente tenés una sola. ¿Terminan por fundirse ambos goces en un goce nuevo, potenciado, poderosísimo... ¿o estarás eternamente en el vaivén del pene que da y la vagina que recibe? Por favor, no hables así, no levantes la voz. Dijimos que respetaríamos la casa de Dios. Pero imagínate que somos ángeles. Yo no soy ninguna Venus, sé que hay algo de masculino en mis rasgos... Estás loca, nada hay de masculino en tus rasgos. Creeme que sí. Yo me miro al

espejo todos los días. Y vos tenés algo de femenino. Cuando llegaste a esta parroquia por un tiempo hubo el rumor de que eras marica, que te habían mandado a esta pequeña parroquia como castigo... Pero eso no es cierto. Claro que no, pero es cierto que hay algo femenino en tus rasgos faciales. Suponete que somos ángeles, que ambos tenemos ambos sexos. Yo tengo un pene, con testículos y todo, justo delante de la vulva, y vos tenés una vulva justo detrás de los testículos. Todo funcional, todo bien puesto, para nada molesto. ¿Querés que me pare y te muestre mi pene? No, no, por favor, basta, quieta. Pero ¿quisieras verlo? Dije basta, no sigas con esto, dice el cura al borde de la furia. Y agrega, definitivo, mordiendo las palabras: No somos ángeles. Después de estas palabras, callan ambos. Ella sonríe dulcemente, pero con una sonrisa de íntimo triunfo. Es cierto, no somos ángeles, dice finalmente la mujer. Tengo que conformarme con el goce de la vagina, y vos con el del pene. Los goces de los ángeles se los dejamos a los ángeles. El cura respira hondo. Ya no soporta la visión de aquel rostro dulce y sabio. Apaga la luz. Dice: Ego te absolvo a peccatis tuis, in nomine Patris, et Filii et Spiritus Sancti. Y sin apuro, como tranquilizado, cierra la ventanilla. Clac. La ventanilla se abre casi con violencia. ¡Clac! Ahí está el cura, con cara de piedra. ¿De qué tenés miedo? pregunta la mujer. El cura cara de piedra no responde. Yo no pido más que estos minutos que dura una confesión, dice la mujer. ¿Tan celoso es tu Dios que no puede ceder ni unas migajas de su banquete? ¿Tanto miedo le tenés? Las palabras de la mujer roen el alma del cura como roe a la Esfinge la tormenta del desierto. La mujer no cede. No te pido que renuncies a la divinidad sino que aceptes un poco de mi humanidad. ¿Por qué tanta avaricia? ¿Por qué sos tan avaro contigo mismo? ¿Por qué tanta desconfianza? Me pregunto de dónde te viene la fuerza para este acoso que me hacés, dice finalmente el cura. ¿Cómo es posible que mi resistencia no obligue a ceder a tu deseo? ¿Por qué llego a sentir que es imposible seguir resistiéndote? Callados, se espían

de reajo. Al fin y al cabo no sos más que una mujer de pueblo, como tantas, roca sobre la cual está construida una familia... El cura enciende la luz. Pero bella como una diosa, dice. Quebrás mi voluntad de resistirte. Tus encantos son más irresistibles que el canto de las sirenas. Al fin las palabras del cura son miel. Ella sonríe, halagada. Y aun no viste nada, dice. Mi rostro es lo menos agraciado de mi persona. Seguí resistiéndote y vas a arrepentirte de no haber sabido darle al César lo que es del César, como Cristo lo pedía. El cura entonces sonríe. En su sonrisa sabemos que está vencido. Lleguemos a un acuerdo, propone dulcemente la mujer. El cura no responde. Si te sentís protegido dentro de este mueble no voy a pediré que nos veamos fuera. Así nunca nadie descubrirá lo nuestro. El cura calla, pero su silencio es aquiescente. Este mueble es tu armadura ¿verdad? Es tu trinchera. Yo vendré a ti, aquí, y me darás lo que puedas. Vendré cada miércoles a las diez de la mañana. Y no me voy a quedar más que el tiempo de una confesión... pero una de las largas. Vuelve a sonreír dulcemente. El cura vuelve a devolverle la sonrisa. Yo no quiero perturbar tu vida de cura. Al contrario, quiero traerte la paz. Que lo tengas todo, el Mundo y el Cielo, que es lo que merecés. El cura respira hondo. Falta solo la firma al pie del acuerdo. ¿Con eso te conformás? pregunta el cura. Tu paz será mi paz, responde la mujer. Un poquito, como ves, para mí ya es suficiente. ¿Nada más vas a pedirme? pregunta el cura. No importa lo que te pida. Nada controla a una lengua desatada. Importa que vos me vas a dar lo que este acuerdo te permita, y yo te prometo que eso bastará para mantenerme a raya. Se quedan mirándose. Quizá la guerra ha terminado. Acercate para que te hable al oído, dice la mujer. Ambos se pegan a la rejilla. Quiero que me toques aquí abajo, dice la mujer. Que tus dedos conozcan mi hueco. Y que mis dedos conozcan tu miembro. Que tus dedos se vuelvan expertos en vaciarme de la divina ponzoña del deseo. Tan cerca como están, se miran a los ojos. La mujer se masturba. Gime. Ya ves, me basta con pensarlo, con

decirlo, con que me oigas... Acaba delicadamente, vertiendo su música en el oído del cura. Permanecen mirándose a los ojos. Ego te absolvo, dice el cura, le hace la señal de la cruz, cierra la ventanilla con cierta torpeza. C-lac. La mujer queda pegada a la grilla, se esfuerza por oír algo, quizá el murmullo del placer del cura. La mujer se arrodilla en el confesionario luego de colocar su pañuelo blanco. La ventanilla se abre suavemente. Tic. ¿Y bien? dice la mujer, ya más que decidida a cobrar su presa. No sé, mi mente es una gran confusión, dice el cura. ¿Qué es lo que no sabés? No sé a qué me rindo, si a tu amor de mujer o a un capricho de tu lujuria. Entonces ¿querés más pruebas? Me temo que no habrá prueba que me convenza. Pensás que no hay tal amor sino un capricho retorcido y demente. Peor, dice el cura. Anoche soñé que en realidad no estás enamorada de mí sino de este mueble, el confesionario. Soñé que ultrajando al confesionario lo que querías era ultrajar a la Iglesia. Que ahí estaba tu goce. O sea... que tú eras Satanás. Yo anoche tuve que darme a mi marido, responde ella. Pocas veces tiene antojo de mi cuerpo, pero no me es posible negarme sin escándalo. Nada siento cuando lo hace, es simplemente un deber conyugal. Cerré los ojos y traté de pensar que eras vos el que obraba en mi cuerpo. Pero por más que me esforzaba no conseguía sentirte. Entonces comprendí qué, en ausencia de tu cuerpo, me bastaría: tu olor. Tu olor a cura. Olor a que te bañás y te cambiás la sotana una vez por semana. Tu sotana huele a sucia. La usás todo el día, hagas lo que hagas. Tu cuerpo despide un suave tufo a sudor un poco rancio. Nunca olés a jabón ni a agua de Colonia. Ese olor tuyo, concentrado, lo encuentro siempre aquí en el confesionario. Enciende mi deseo, me embriaga... Estás loca, dice el cura. Mucho más loca de lo que creés. Urdí un plan para coger contigo en mi cama, con el cuerpo de mi marido. Cuando te cambies la sotana envíamela a casa para que se te lave. Será un servicio de mi familia a la parroquia. La noche del día que tu sotana llegue a casa seré yo la que le exija a mi marido el débito conyugal, pero

tendrá que hacerlo poniéndose tu sotana. Estás loca, vas a originar un escándalo, dice el cura. No. Él me desprecia porque soy una beata, yo creo que me va a preferir fetichista antes que meramente beata. Y entonces, cuando me monte y yo cierre los ojos, estarás conmigo en mi cama. El cura piensa que la mujer está dominada por el deseo desmesurado que él le inspira. Que la situación ambigua que pactaron puede terminar por enloquecerla. Por primera vez se pregunta si por pura compasión no debiera de darle a la mujer lo que necesita tan desesperadamente. Mi lecho matrimonial va a quedar santificado por el amor verdadero..., dice la mujer en éxtasis. Y eso no es nada. A la mañana siguiente tu sotana, recién lavada, estará tendida al sol en la azotea de mi casa, tal y como antes se desplegaba la sábana manchada con sangre de la noche de bodas, tal y como él hizo con mi sábana ensangrentada. Me da miedo tu amor, musita el cura. Pero ya lo ves, no es lujuria, es puro amor, si no no tendría el poder de dar vuelta todo en mi vida. Calla. Piensa. De dar vuelta todo... pero sin destruir mi hogar. Sobre mi casa ondeará una bandera negra, bandera de ladrón, de pirata, la bandera del dueño clandestino de mi corazón. ¿Un extremo de locura como éste también entra en nuestro acuerdo? pregunta el cura, preocupado. Y más, ya vas a ver. Pero aceptá ya, rendite. Este es nuestro matrimonio. Que todo comience. Que nuestro goce gotee en este confesionario, pongamos a navegar nuestra pequeña nave en los océanos del deseo, una y otra vez satisfechos hasta que no tengamos más fuerzas, o más ganas. Entonces serás libre de mí, para siempre. Ego te absolvo, dijo el cura. Y si en las oficinas de la Iglesia no me reconocen esta absolución... te absolveré de todas maneras, en el nombre de la divina soberanía del amor humano. Se miran intensamente. Cierra suavemente la ventanilla. Tic. Las maravillas que vas a ver las hice yo mismo con mis manos de carpintero, y aquí te las ofrezco, en el altar de tu amor. ¿Qué es? ¿Qué es lo que hiciste para mí? pregunta la mujer, ansiosa. Esta es la llave, le dice el cura, y le ofrece una

llavecita a través de la rejilla. La mujer la toma, nerviosa. ¿Qué se abre con esta llave? pregunta la mujer. Acordate de lo que me dijiste que querías... Como si ella misma hubiera encargado el trabajo de carpintería se pone a tantear la pared del confesionario por debajo de la ventanilla de confesión. Encuentra la cerradura. ¡Ah! Me muero, exclama. El cura enciende la luz. La mujer está en éxtasis. Introduce la llavecita, que encaja perfectamente. Exultante y triunfal, exclama: ¡Tu corazón es mío! Por el tiempo que dura una confesión... de las largas, dice el cura. Jurame que es la única llave. Es la única, y es tuya. Estando en otro lugar se hubieran fundido en un abrazo. Pero el abrazo está excluido de su acuerdo. Lo que hagas mientras estás aquí lo consideraré como confesado, y de todo estarás absuelta, dice el cura. Pero yo tengo que poder absolverte a vos. Es de justicia. El cura se lo piensa despacito. Si yo no seré absuelto mientras me visites, entonces es justo que pueda recibir de ti mi absolución. De manera que, tal y como lo he recibido, yo te concedo, por amor a Dios y en tanto hermana en Cristo, el poder de absolverme de todos los pecados a que me induzcas. Lágrimas corren por las mejillas de la mujer. Gira la llave y desliza la ventanilla inferior. C-lac. Introduce la mano y toca los muslos del cura por sobre la sotana. Dios mío, dice la mujer. Hazme pecar tanto como seas capaz de perdonarme. La mano se planta sobre el bulto del cura. Me doy a tu amor de mujer, dice el Padre Diego. Acercate un poquito, pide la mujer. Se acomodan. La mujer desabrocha la sotana. Mete la mano y toma la verga por el tallo. La extrae de entre la ropa. A medias erecta bien se ve ya que la verga es notablemente larga y ancha. ¡Dios mío! exclama la mujer, y se queda mirando al hombre con los ojos muy abiertos. No puedo creerlo. Es... hermosa, balbucea en el puro placer. La ventanilla baja permite justo el margen de maniobra necesario inclinándose apenas la mujer hacia adelante y hacia el costado de la mano útil. No puedo más, advierte el cura. La mujer sacude el tallo suavemente, como quien acaricia a un niño. La erección se completa y el

fruto vuela perdiéndose en la oscuridad del cubículo. El cura gime con el fondo de su garganta y su gemido expresa la disolución de todo su ser. La mujer sigue con el meneo hasta que ya sin más que descargar, la verga se afloja. La mujer retira la mano con los dedos culpables bañados con semen. Levanta la mano y la huele. Diego, musita enamorada, y lame los dedos con toda la lengua. Luego los chupa. Ahora te tengo en mi vientre. Esta es tu hostia, la que tu cuerpo consagra sólo para mí. Ahora te toca a vos. El cura saca la mano por la ventanilla. Ponete más hacia el lado derecho del reclinatorio, le dice a la mujer. Ella lo hace hasta que la mano del cura se encuentra de frente con su pubis hirsuto. Por debajo del abrigo la mujer se ha remangado la falda y el viso, y debajo no lleva nada. Estás desnuda, balbucea el Padre Diego. ¿Qué esperabas? Siempre que vine a verte estuve desnuda, esperando esto. Los dedos del cura se abren paso en la espesura en busca del hueco. La mujer siempre va a ver a su amante preparada para que la utilice, musita ella. El cura gime y suspira mientras sus dedos recorren la espesura inundada. Tan... mojada, balbucea. ¿Mojada?, esto no es nada, bromea la mujer, liberada y feliz. A punto de deshidratarme me has tenido, curita avaro. Los dedos del cura se insinúan grieta adentro. La mujer se estremece. Así, dice. Los conocimientos de masturbación femenina del cura son rudimentarios. Ella pone su mano sobre la de él para enseñarle. No me digas que sos virgen, no me digas que esta es tu primera concha, pide ella, porque podría darme un ataque al corazón. Nada voy a decirte, no puedo hablar, dice el cura con la voz estrangulada por la excitación. La mujer acompaña la caricia del cura hasta acabar. Mi amor, musita al entregarse a la pequeña muerte. Cuando el último estremecimiento la abandona la mujer se da cuenta de que el cura se chupa los dedos con que la acarició mientras con la otra mano se masturba. Dejame a mí, susurra la mujer, y metiendo la mano en el cubículo se apodera de la verga justo cuando la erupción comienza. Inclineda sobre la rejilla alcanza a ver un gran goterón

que toma vuelo y cae sobre el hombro de la sotana. El cura se inclina sobre la rejilla para besarla, pero sus labios apenas consiguen rozarse. Se tocan, sí, pero con las puntas de las lenguas. La mujer retira la mano, más que la vez anterior empapada en semen. Bebe de su mano lamiendo como un perro lame. Dios, mío, yo no sabía... dice el hombre, mirándola hacer. Yo tampoco, susurra la mujer. Ahora tenés que irte. Alguien está esperando, dice el Padre bajando la voz al máximo. La mujer empuja la ventanilla de abajo, que corre no sin cierta dificultad. C-lac. El uso va a hacer que se deslice mejor, dice el cura. Ella cierra con llave. Parecés un pájaro en su jaula, dice la mujer. Pero un pájaro feliz, dice el cura. Poné a ventilar el confesionario, dice ella, amorosa, porque huele a maravillas. Voy a comprar un ventilador chiquito, como los de los autos, dice él, y cierra la ventanilla de confesión. Clac. La mujer sale de la iglesia. Es cerca de mediodía. No puede creer que el mundo sigue allí afuera persistiendo en su existencia, funcionando tal y como lo dejó, indiferente a los milagros del confesionario. Bajando la escalinata va pensando: ojalá no se olvide de mandar la sotana. Al pie de la escalinata se detuvo para buscar en su cartera la lista de los mandados.

.....